

Ateneo de El Salvador

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

SAN SALVADOR, 1915



DOCTOR DON ALONSO REYES GUERRA.
Distinguido Socio Honorario del "Ateneo de El Salvador"

Junio de 1915



AÑO III — N. 26

25 cts.

EJEMPLAR

Revista de Ciencias, Letras y Artes

Organo del Centro del mismo nombre - San Salvador. - C. A.

25 cts.

EJEMPLAR

Sumario

1. Anales del Ateneo de El Salvador. — Discurso de Miguel A. Fortín y de Joaquín Zaldivar. — 2. Carlos Javier Guerrero, *por Alberto V. Montiel*. — 3. Amaos los unos a los otros, *por Adolfo León Gómez*. — 4. Discurso, *por Alonso Reyes Guerra*. — 5. Películas Campestres, *por Rafael García Escobar*. — 6. La Literatura y los Hombres de Letras, *por Carlos Urrutia F.* — 7. ¡Ajena, Ajena! (novela corta), *por Abraham Ramirez Peña*. — 8. Alma Ingenua, *por Federico Alvarez Henao*. — 9. Mi Musa, *por Visitación Padilla*. — 10. Mano Sutil, *por Marco Fortis*. — 11. Leyendo a Schopenhauer, *por Abel García Calix*. — 12. Bibliografía. — 13. Notas y Apuntes.

Socios Honorarios

Don Francisco Gavidia.
 Don J. Antonio López G.
 Dr. Alonso Reyes Guerra.
 Dr. Salvador Rodríguez G.
 Dr. Francisco Vaquero.
 Dr. Victor Jerez.
 Dr. Santiago I. Barberena.
 Don Calixto Velado.

Socios Correspondientes del Ateneo

En El Salvador.

Dr. Federico Vides Santa Ana.
 Dr. Secundino Turcios Santa Ana.
 Don Angel R. Fortín Santa Ana.
 Don Alfonso Espino Santa Ana.
 Don Max. Jiménez Guillén. Santa Ana.
 Don José Valdés Santa Ana.
 Don Antonio L. Berdugo Santa Ana.
 Dr. Abraham Rivera Sonsonate.
 Don S. Cortés Durán Sonsonate.
 Don Rubén Cardona Chalchuapa.
 Dr. Alberto Luna Santa Tecla.
 Don N. Viera Altamirano San Miguel.
 Don Alonso A. Brito San Miguel.
 Don José Héctor Paz San Miguel.
 Dr. David Turcios, h. Gotera.
 † Don Carlos Javier Guerrero Zacatecoluca.
 Señorita María C. García Santiago de María.
 Dr. Rafael B. Colindres Santiago de María.
 Dr. José D. Mendoza Chalchuapa.
 Dr. Miguel Román Peña Zacatecoluca.
 Dr. Sabelio Navarrete Zacatecoluca.

Guatemala.

Licenciado José Rodríguez Cerna.
 Licenciado Francisco Contreras B.
 Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta.
 Licenciado Eduardo Aguirre Velásquez.
 Licenciado Adrián Recinos.
 Don Rafael Arévalo Martínez.

Honduras.

Licenciado Rómulo E. Durón.
 Licenciado Esteban Guardiola.
 Licenciado Luis Andrés Zúñiga.
 Don Rafael Heliodoro Valle.
 Don Benjamín Urbizo Vega.
 Licenciado Samuel Lainez.
 Licenciado Salatiel Rosales.
 Licenciado Ricardo de J. Urrutia.
 Licenciado Julián López Pineda.
 Don Adán Canales.
 Don Abel García Calix.
 Don Augusto C Coello.
 Licenciado Luis Mejía Moreno.
 Licenciado Paulino C. alladares.
 Don Vidal Mejía.
 Don Matías Oviedo.

Costa Rica.

Licenciado Ricardo Jiménez.
 Licenciado Cleto González Viquez.
 Licenciado José María Zeledón.
 Licenciado Luis Cruz Meza.
 Doctor Manuel Castro R.
 Licenciado Tobías Zúñiga Montúfar.
 Don Roberto VallaJares.
 Don Justo A. Facio.
 Don Roberto Brenes Mesén.

Nicaragua.

Dr. Santiago Argüello H.
 Don José Olivares.
 Don Hernán Robleto.
 Don Antonio Medrano.
 Dr. Cimón Barreto.
 Don Juan R. Avilés.

Ateneo de El Salvador

Director.
SALVADOR TURCIOS R.

REVISTA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Redactores.

JOAQUÍN ZALDÍVAR □□
ALBERTO V. MONTIEL.

Organo del Centro del mismo nombre

AÑO III

SAN SALVADOR, JUNIO DE 1915

N. 26

Anales del Ateneo de El Salvador

La Recepción del Delegado del "Ateneo de Honduras", Doctor don Miguel A. Fortín, en el seno del "Ateneo de El Salvador"

CRONICA

En la sesión general especial que celebró el ATENEO DE EL SALVADOR, el día lunes 22 de marzo del presente año, bajo la Presidencia del doctor don Juan Gomar, con asistencia de la mayoría de los socios activos de este Centro y la presencia de una Comisión de la *Sociedad Central de Maestros*, fue recibido solemnemente el doctor don Miguel A. Fortín, en su carácter de Representante del ATENEO DE HONDURAS, para lo cual, oportunamente, como lo establece la Convención, presentó a esta Secretaría las respectivas Credenciales.

Después de la lectura del acta anterior, la Secretaría hizo saber que, encontrándose en la antesala el Delegado hondureño, se iba a proceder a su recepción.

El doctor Fortín leyó un brillante y erudito discurso, y le contestó el socio activo don Joaquín Zaldívar. Ambos oradores obtuvieron los más espontáneos y cordiales aplausos.

A continuación el Vicepresidente en ejercicio, doctor Gomar, dió la enhorabuena al doctor Fortín por su incorporación, vertiendo elocuentes frases del más entusiasta centroamericanismo.

Finalmente, el Secretario don Salvador Turcios R., para patentizar la sólida unión de los Ateneos de Honduras y de El Salvador, leyó la discreta y sincera crónica de la recepción que el 17 de enero de este año tributó el ATENEO DE HONDURAS al Delegado del ATENEO DE EL SALVADOR, doctor don José Dolores Corpeño.

El acto relacionado se efectuó en el salón de honor de la Biblioteca Nacional, y, aunque sencillo, fué favorablemente comentado por los espíritus que se preocupan por la unión perfecta de nuestros pueblos.

El Discurso del Representante
Doctor Fortín, dice así:

SEÑORES:

Designado honrosamente por el ATENEO DE HONDURAS, para representarlo ante vosotros, sean mis primeras palabras la manifestación de su afectuoso saludo, símbolo de simpatía, de confraternidad y unión.

El ATENEO DE HONDURAS, al delegar en mí el carácter con que me presento, ha tomado en cuenta, más que mis escasas aptitudes, los sentimientos y aspiraciones que constituyen nno de los ideales más bellos de mi vida. Sabe que yo, que nací en aquella tierra de los enhiestos pinares sobre las altas cumbres, fundé aquí mi hogar y he visto nacer y desarrollarse a mis hijos al amparo de las instituciones libres que nos rigen y de las bondades del alma cuscatleca, y ha pensado, con sobrada razón, que el suelo donde se meció mi cuna y reposan los restos de mis progenitores, es tan amable para mí, como éste, en que yo reposaré y donde se mecieron las cunas de mi esposa y de mis hijos, constituyendo, por este motivo, un perfecto vínculo de unión.

Pienso, señores, que la unión intelectual de ambas asociaciones y la penetración de ideales en los miembros que las integran, servirá, no sólo para perfeccionar el cultivo de las letras y levantar el arte a la debida altura, sino, y precisamente por ésto, como consecuencia de la misma armonía, para laborar por la Unión política de los dos países, que ha sido siempre la aspiración constante de los hijos de aquella tierra, donde nació el inclito varón que para fundar la solidaridad de ambos pueblos, con la vida y con la muerte, dejó en Honduras su primer suspiro y su primera lágrima y a El Salvador, sus gloriosas cenizas y el último de sus pensamientos. Y es que los grandes hechos, como la unión política a que me refiero, tiene que ser el resultado del amor, de la inteligencia, del convencimiento íntimo y profundo de los ideales que, en los campos de la Historia, nos han hecho marchar unidos, a la realización de nuestros comunes destinos, habiéndonos separado la política, que no ha sido, ciertamente, la representante de nuestros intereses, porque no se ha inspirado en nuestras justas y nobles aspiraciones.

Los poetas, los artistas, han sido en todas épocas, los anunciadores de la buena nueva, los precursores de los grandes acontecimientos de la Historia, y es que la exquisitez de su alma, busca siempre la belleza en campos no explorados y, al encontrarla, encuentra también en ella la verdad y la anuncia a las generaciones y la proclama como base de redención y de perfeccionamiento. Platón con su soñada República, Pitágoras de Samos, Estesicore, Calino, Safo, y Píndaro, cantando el amor, la libertad y la ciencia, hacen avanzar la humanidad, y colocan a gran altura, sobre bases incommovibles, la cultura helénica. Al impulso del arte, las ciencias se emancipan de la casta y, teniendo por objetivo la naturaleza, se extiende en alas de la libertad, por todos los campos de la razón, concediendo hasta a los esclavos la libertad intelectual.

Cantando los himnos nacidos de la inspiración del poeta, marchaban los hombres a la conquista de sus derechos, y, creyendo y pensando en el progreso indefinido y continuo, lo anunciaban y simbolizaban hasta en sus juegos, como en los misterios de Eleusis, en que, pasando una antorcha de mano en mano, significaban el engranaje de la civilización en la vida de las generaciones. El arte fue el alma de Grecia, y no fue sino cuando decayó, que se extinguieron sus flores institucionales, y, como dice el poeta:

Vió en el fango sus creaciones,
Miró extinguidas sus lumbres,
Corrompidas las costumbres,
Desbordadas las pasiones.
Vió sus austeros varones
Trocados en cortesanos,
Vió volver sus espartanos
Sin escudos ni estandartes:
¡Que la tumba de sus artes
Fue el trono de sus tiranos!

Roma, la conquistadora, que llevaba en la punta de su lanza las

enseñanzas del Derecho, sabía manejar tal arma porque sabía manejar también las armas del pensamiento, por medio de la palabra, por medio del arte de convencer y persuadir. En el Senado, en las curias, en los comicios, en el Foro, era preciso atacar y defenderse. El pueblo necesitaba ser persuadido para marchar a la realización de su gran destino histórico, y los Fabios, los Camilos, los Scipiones, los Julio César y tantos otros, representantes del poder intelectual de su época y conocedores del secreto de entusiasmar a las muchedumbres, pudieron de esa manera hacerlos marchar en consonancia con sus propósitos, asimilarse la cultura helénica y hacer que aquellas legiones, que no se inclinaban ante ningún poder, se inclinaran y descubrieran, sin embargo, ante el Partenón y el Erecteo.

Durante la Edad Media, decaída la elocuencia con el abatimiento de la personalidad humana, no tuvo la grandeza de las épocas anteriores, sino cuando las escuelas filosóficas dieron oradores apasitados y brillantes; cuando las cruzadas ofrecieron un extenso horizonte a la imaginación; cuando Pedro de Amiens y Bernardo de Claireval, arrebataban los espíritus con su luminosa propaganda; cuando Abelardo y Arnaldo de Brescia excitaban las pasiones políticas de Roma y los parlamentos se tornaban a ser el palenque del arte de la palabra, de este arte de la palabra, de noledor de prejuicios y reconstructor de la verdad y la belleza, a cuyo impulso surgen Dante, Petrarca y Boccaccio en la literatura; Guido de Siena, Nicolás y Juan de Pisa, precursores del Renacimiento, en la pintura, Donatello y Rosellini; en la escultura. Siempre la inteligencia, en convivencia con el arte, es la generadora del progreso; siempre los hombres de letras son los creadores de los grandes acontecimientos sociales. Dante, el gran poeta florentino, inaugura el Renacimiento,

señalando nuevos rumbos al espíritu, y las nacionalidades resuelven problemas constitucionales y se reforman las leyes y se modifican las costumbres, todo al impulso generoso del arte que renacía, de la inteligencia que hacía esplender la verdad, sacándola de la noche de los tiempos, salvando los obstáculos, dignificando la razón y poniendo en sus manos el porvenir de la humanidad. Esta misma fuerza, impulsadora de los espíritus hacia la luz, tenía que salvar a los pueblos del absolutismo; destruir los errores; aniquilar los privilegios; abrir los mares a todas las naciones y el comercio y la industria a todas las actividades; destruir la esclavitud de las razas; limitar el predominio de la fuerza; ensanchar el derecho de asociación, puliendo y educando la fantasía y los sentimientos y divulgándolos por medio de la prensa, del teatro y la tribuna. Ariosto, Tasso, Manfredi, en Italia; Garcilaso de la Vega, Fernando de Herrera, Cervantes y tantos otros, en España; Camões, en Portugal; Milton en Inglaterra, Klopstock en Alemania, Racine, Moliere, Voltaire, Montesquieu, Rousseau y los enciclopedistas, en Francia, predicán, demuestran, crean y transforman todo, impartiendo nuevos derroteros al progreso, como Enriqueta Bicher Stowe, con *La Cabaña del Tío Tom*, como Chat-tan, como Mirabeau, como Olozaga y Castelar, como Crispi, como Bismarck en la tribuna.

De estos laboratorios de la inteligencia, de estas especulaciones de la fantasía, han nacido los grandes acontecimientos de la Historia. Antes de que la espada vencedora de Molke impusiera la necesidad de la Unión de Alemania, la había impuesto el genio poderoso de Bismarck; antes que la espada de Garibaldi hiciera surgir la nacionalidad italiana, la había impuesto a la conciencia la palabra fogosa de Mazzini, y de la misma manera, de estas asociaciones, creadas para le-

vantar el espíritu a la altura del ideal, puede surgir el que perseguimos en política como base fundamental de nuestra redención y engrandecimiento.

Humildes en sus medios de acción y desenvolvimiento son las sociedades literarias, como los Ateneos de El Salvador y Honduras; pero su fuerza no está en esos medios sino en la grandeza de los ideales que persiguen. ¿Hay algo más humilde que el Nacimiento de Jesús en el pesebre? Y sin embargo de allí surgió la más grande de las revoluciones que han conmovido la conciencia humana y transformado el mundo. No es, pues, la humildad de los medios, sino la grandeza de los propósitos, el culto a la verdad y el amor a la belleza, lo que debe conducirnos a la realidad soñada, siendo vosotros, artistas y pensadores, los que debéis anunciar su advenimiento, ya que como dice un notable escritor: «las bellas artes y la literatura son la revelación del espíritu moral de un pueblo, el tes-

timonio de lo que siente y de lo que espera. No vivifican transitoriamente; forman, preparan, constituyen la estructura moral y ejercen por nuestras tendencias naturales el primer influjo y el más indudable imperio. Ningún pueblo llegó jamás a ser grande y sabio, sin ser antes gran amador de lo bello y de lo ideal.» Por eso pienso que la solidaridad que se busca y la unión que se realiza, de las sociedades que laboran por el arte, puede, en definitiva, por la unificación de los sentimientos y la compenetración de las ideas, hacer surgir la Patria de nuestros mayores, no modelada con lágrimas y sangre, sino saliendo de las cabezas pensadoras, bella y magnífica como la Venus mitológica, para colocarse sobre el pedestal del Derecho, llevando en una mano la antorcha de la civilización y en la otra el pabellón azul y blanco, símbolo de nuestra fraternidad y unión.

DIJE.

• * * *

Discurso del socio activo del Ateneo de El Salvador, don Joaquín Zaldívar, en contestación al Dr. Fortín

SEÑOR PRESIDENTE DEL ATENEO:

SEÑOR DELEGADO DEL ATENEO DE HONDURAS:

SEÑORES:

Comisionado por el *Ateneo de El Salvador* para retornar al de nuestra hermana la República de Honduras las frases de confraternidad que por vuestro medio le dirige, no puede menos que haceros presente que este Centro de la intelectualidad salvadoreña, os hace una sincera y fraternal salutación que confirma y consolida el consciente afecto que lo une al de aquella sección centroamericana—que con razón se denomina: *La Patria de las Letras* o *La Atenas de la América Central*.

Humilde de sobra vuestro lenguaje, en lo que a vos se refiere, es una revelación de la modestia inmanente de los hijos de Honduras, donde los corazones se desarrollan como los enhiestos pinares, libres y robustos, y haciendo la gimnasia sublime de la contemplación de lo bello y de lo grande.

Bienvenido seáis al seno de este Centro intelectual, trayendo del Ateneo de Honduras el símbolo de la fraternidad, bajo la culta manifestación del saludo que nos dirigís en nombre de aquel Partenón del pensamiento, y al cual correspondemos con vehemente sinceridad.

Muchos méritos tenéis; y así lo reconocen los Ateneos de Honduras y de El Salvador: entre tanto aquel

os designa como el fiel intérprete del cariño que nos guarda, para que nos lo hagáis presente; éste, que aquilata en su verdadera potestad aquellos cerebros singulares—y con ellos estima, os abre sus brazos y os estrecha íntimamente y os da un abrazo que debe ser como el ritualismo de una eucaristía de unión con que comulgan los que ante el tabernáculo del ideal, unen sus esfuerzos para reconquistar los fueros perdidos y encaminar sus espíritus a ese ocaso eterno de gloria donde viven los que saben inmortalizarse con la espada o con la pluma.

Dadas vuestras altas dotes intelectuales, sobre todo, la personificación que en vos se refleja, sintetizando el más alto concepto de carácter, bien ha hecho la Institución que representáis, en elegeros, por vuestros merecimientos, como el portavoz de la buena nueva de unificación de ideas y aspiraciones entre los dos países.

Y es natural suponerlo así: compenetrado como estáis de nuestros sentimientos sinceros en la persecución de ideales, toda vez de que sois nuestro viejo huésped, que ha formado un austero y etocrático hogar al lado de vuestra digna esposa, también como vos intelectual, y vuestros muy queridos hijos que saben sentir con nosotros sus tristezas y sus alegrías, y saborear—si cabe decirlo así—el jugo de nuestra idiosincracia por el bien, que es el desiderátum que convive en nuestra alma nacional.

Honduras y El Salvador, indentificados en la Historia por atavismo de raza fuerte, y hasta por su posición geográfica; aunados por lazos compactos de civismo republicano, nuestras tendencias buscan siempre la comunidad de sentimientos miríficos siendo cada sér un metriópata estoico, de una misma inclinación para seguir la corriente de las cosas en el avance del espíritu, en su afán por cimentar el equilibrio

social, en la labor fecunda y tenaz por la unión política que llevó hasta el sacrificio al mártir del 42.

Morazán que, como vos decís, le dió a Honduras su primer aliento y su primera lágrima, a El Salvador, sus gloriosas cenizas y el último de sus pensamientos, fue tanto como Juan Ramón Molina, que dió también a su Patria el primer aliento y a este girón de Centro-América, sus cenizas y las postreras vibraciones de su cerebro.

Y es que nada hay más cierto que el axioma que se encierra en esta frase ajena, que me enorgullezco en repetir: «Para un verdadero centro-americano, que no reconoce las fronteras odiosas levantadas por los vicios, egoísmos y pasiones, todo el cielo que cubre a la Gran Patria es igualmente bello, como igualmente blando es todo su suelo para dormir el sueño eterno».

Por eso vos, querido hermano en el ideal, encontráis esta tierra tan amable como la vuestra, porque los hijos de ambas, tienen el mismo corazón, persiguen el mismo fin, y por el mismo camino van a la vera, recogiendo las campánulas azules y las camelias náveas, que son el símbolo de su bandera común.

Sembrando gérmenes de generación futura, empapados de esos sentimientos confraternales, de ideas sanas y con eclécticos instintos para escoger lo mejor del acervo de ideales que germinan por el mundo, he ahí la magna misión a que deben concretarse los pueblos en su etogenia, si queremos ir en pos de la verdadera felicidad que nos señale el Sinaí de la paz estable, para bien del progreso humano.

¡Bienvenido seáis, ilustre Delegado hondureño, que buscáis entre nosotros relaciones para el desarrollo de la afección social, científica, literaria, artística y política de dos pueblos hermanos!

Acogemos vuestras ideas con entusiástico beneplácito, porque habéis sabido desarrollar un precioso

tema sobre unión fraternal, y no desconocemos lo que es la musa gallarda de los vates, y sobre todo la de los que forman la hermosa antología de la tierra del indómito Lempira y de los enhiestos pinares, pues ellos son los adalides y precursores de los grandes acontecimientos de la historia en su evolución constante, de las justas, torneos del pensamiento; y bien citáis, en admirable selección los principales luchadores del curso progresivo del adelantamiento de la humanidad, citándonos a Platón, que nació con el nombre de Aristocles, con su soñada *República*; a Pitágoras, el Jefe del Partido aristocrático; a Estesicore, el poeta lírico griego; a Safo, la de los epitalamios en dialecto eólico; a Pedro de Amiens, el Ermitaño, predicador de la primera Cruzada; a Petrarca, el glorioso precursor del Renacimiento; a Píndaro el príncipe de los poetas líricos griegos, con sus cantos de victoria, y otros adalides más tan conocidos en el campo de las letras, en que cantan el amor, la libertad y la ciencia para extender hasta el más alto grado de cultura a que aspiramos, a quienes persiguen ese engranaje de civilización, que decíais, en la vida de las generaciones.

Y es que los poetas son esfinges que eternamente sueñan, y efectivamente son quienes por ver siempre al porvenir, han dado con su estro la voz de alarma de los grandes acontecimientos.

Han sabido siempre excitar el espíritu, ya para el amor a la belleza, o inspirarle cualquier sentimiento sublime, o bien para luchar en pro de sus derechos profanados.

Por eso hemos de unirnos: para cultivar nuestros intelectos, para acumular nuestros sentimientos y formar un haz luminoso que irradie esplendente en el corazón de las multitudes, de seguro bien dispuestas a luchar por la redención de nuestra Patria

Y entonces, cuando como la Venus mitológica de entre las espumas, emerja de las cabezas pensadoras y del esfuerzo de mil brazos, la Patria a que aspiramos, podremos decir al contrario que el famoso poeta que cantara la decadencia de Grecia, pero sí parodiándolo y refiriéndonos a este Istmo que debe por su futuro y por su pasado, llamarse el corazón de América:

Vió relucir sus creaciones,
vió renacer a sus hombres,
vió renacer sus costumbres,
y esfumarse sus pasiones.
Vió a sus antiguos varones,
con esfuerzos sobrehumanos,
derrocar a cortesanos
y enclavar sus estandartes,
sobre el trono de tiranos
que ensombrecieron sus artes.

Abracémonos, pues, para iniciar la lucha de la idea, y que ese brazo sea una explosión de luz, una ruptura de tinieblas, algo así eminentemente esplendoroso, que ilumine nuestro cielo común: el pensamiento, cuyos amplios horizontes son muy claros para los dignos sucesores de Morazán, Cabañas, Ramón Rosa, Marco Aurelio Soto, Trinidad Reyes y Molina.

Sin tiempo para extenderme sobre la exégesis del delicado tema que desarrolláis en vuestro discurso, me concreto a tenderos en nombre del ATENEO DE EL SALVADOR, el homenaje de nuestro respeto y cariño, y a patentizaros que encontraréis entre nosotros un lugar preferente para laborar con tesón en pro de la unificación de ideas y afectos, que haga resurgir bajo el símbolo de la paz y la concordia, la gran Patria de nuestros mayores.

Adelante, luchador! Contad a vuestros representados, nuestros hermanos de Honduras, que aquí sentimos como ellos, vivimos laborando como ellos, y con ellos pensamos llegar, muy pronto, a realizar la

obra que necesitamos como ciudadanos, que fomentamos como artistas para legarla a nuestros hijos, quienes decorarán, seguramente, el monumento de recuerdos que nos

dediquen, con un laurel inmarchitable: LA GRATITUD.

DIJE.

JOAQUÍN ZALDÍVAR.

Carlos Javier Guerrero

Un nuevo compañero nuestro acaba de caer—herido por fatal sino— en ese antro pavoroso, todo misterio, que se llama muerte.

La Parca—esa trágica inconsciente—llegó a nuestra selva; y con su guadaña omnipotente—a semejanza del leñador—derribó un árbol joven que era una esperanza. Y el golpe que produjo la caída, repercutiendo de confín en confín, llegó a nuestros corazones en una onda de dolor.

La legión de intelectuales de esta tierra, ese grupo de soñadores diezmado ya, va desapareciendo lentamente, tristemente, dolorosamente...

Carlos Javier Guerrero fué algo así como un celaje, un luminar de sol, un canto, un pensamiento. Pero así, como el celaje, desapareció entre las obscuridades de la noche, y como el luminar tras un nublado eterno; el canto quedó interrumpido y el pensamiento trunco.

La muerte es así, arrebatada aquí, derrumba allá, descarga un golpe acullá. Y así va,—en eterna peregrinación destructora,—siempre impávida, siempre fría, tronchando ya un cardo dañino o bien un florecido rosal.

¡Y hoy su ha guadaña cortado, como la espada alejandrina, el nudo gordiano de la existencia de aquel joven gallardo que comulgaba en el culto bendito de la ideal....

No he leído de Guerrero más que su libro de cuentos regionales «*Hacia la Meta*». Y en honor a la verdad, diré que en ese manojito

de flores, descuella un lirio de cuyo caliz se destaca, arrogante y gentil, la figura ya definida del literato.

Me refiero a «*La Leyenda de un bandido*».

Creo prolijo hacer en estas breves líneas el panegírico de este libro, toda vez de que, a su debido tiempo, lo hicieron plumas de áureos luminares, y no humildes plumas como la mía.

Fué Guerrero un árbol joven, derribado en mala hora, cuando apenas comenzábamos a gustar los frutos succulentos de su primera cosecha.

Su labor fué digna de encomio; acaso heróica. Y digo que heróica, porque entre nosotros un gesto de energía, un grito de anhelo, el preludio de un canto, se reciben con indiferencia, cuando menos, cuando no con la carcajada hiriente de la burla, o con el *delenda* de la crítica amarga.

En presencia de este fenómeno, he visto a muchos desfallecer, doblegarse impotentes y caer vencidos, sin lanzar una protesta reivindicadora ni llegar al fin trágico del torneo, por lo menos como Espartaco, mirando—en el último gesto de la vida—la inmensidad celeste, como buscando el Sol.... Pero también he visto a otros enfrentando todo y marchar hacia adelante, con el oriflama en alto, entre victorias y derrotas, llevando a la espalda su fardo de dolores y de ensoñaciones.

De estos últimos fué Guerrero. Agobiado por la decepción pre-

sente, y animado por una esperanza futura, continuó su labor literaria en medio de su pobreza.

Guerrero fué socio fundador del *Ateneo de El Salvador*; y, como compañero, se captó las simpatías y el aprecio con que siempre lo distinguimos. Y fué aquí donde pudimos juzgar su esfuerzo fecundo, su labor incansable.

Desempeñó varios cargos públicos. En los años de 1912 y 1913, fué miembro de la Asamblea Nacional Legislativa; y, últimamente, desempeñaba el de Administrador de Rentas del Departamento de La

Unión, cuando le sorprendió la muerte.

Hoy ha caído Guerrero al último golpe. Mañana, ¿quién de nosotros le seguirá?

El Ateneo de El Salvador rinde este homenaje al amigo y al hermano desaparecido; y envía a su familia — que llora su eterna separación — las protestas más sinceras de su sentida condolencia.

ALBERTO V. MONTIEL.

San Salvador, junio de 1915.

Amaos los unos a los otros

CUENTO

Como en los tiempos de las antiguas leyendas, Cristo y San Pedro bajaron del Cielo, empuñaron sus bastones de viaje para recorrer la Europa, ensangrentada por la más espantosa guerra «que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros».

Andando, andando por caminos sembrados de cadáveres, por campos asolados y entre escombros de ciudades y aldeas calcinadas por el incendio y destrozadas por la metralla, llegaron una tarde a un lugar que acababa de ser teatro de tenaz sitio y furibundos y sangrientos combates.

Parados sobre una muralla medio derruida, el maestro y el discípulo tendieron la melancólica mirada por ese cuadro de desolación, testigo mudo de la barbarie de la guerra y del salvajismo de las pasiones humanas desencadenadas.

—¿Qué dices de esto Pedro?, dijo Cristo al cabo de un rato de dolorosa contemplación.

Pedro alzó sus ojos húmedos y no contestó; pero aquel que todo lo ve

y todo lo sabe, leyó en ellos esta respuesta:

— Señor, que en lugar de haber predicado *amaos los unos a los otros*, parece que hubiérais ordenado: *mataos y destruidos sin compasión unos a otros*.

Entonces Cristo clavó su mirada dulce y serena en el viejo vacilante; Pedro sintió un rayo que le penetraba hasta el fondo del alma, y todo turbado exclamó:

— Es verdad, Señor... al mirar tus templos destruidos, tu imagen santa hollada por los cascos de los caballos y tus hijos matándose como fieras, he dudado de tu obra...; pero tú tienes poder suficiente para sacar de todo mal... Hágase señor tu voluntad. Y ya que hemos visto el colmo de la maldad humana, retirémonos a tu reino, desde donde enviarás remedio para tanta miseria.

— Aún hay más Pedro; toma tu cruz y sígueme.

Y camina que camina fatigosamente, llegaron a otra ciudad que no era un montón de escombros

como la primera, sino un inmenso hospital. Casi no había hombres. No se veían sino mujeres llorosas y niños escuálidos que circulaban de una parte a otra, por entre procesiones de camillas en que algunos soldados viejos e inválidos llevaban heridos y enfermos a los diversos salones donde las hermanas de la caridad, con la cruz roja al pecho, les prestaban los auxilios posibles. Por doquiera se veían miembros humanos destrozados, sangre, cadáveres, instrumentos de cirugía y aparatos médicos, en medio de un confuso vocerío, en diversos idiomas, de gritos de dolor intenso de gemidos angustiosos, oraciones y maldiciones, súplicas y estertores de agonizantes, que los ateridos vientos de la tarde, cargados de emanaciones deletéreas, llevaban en sus alas, como para diseminar a la vez tristezas y epidemias por los campos arruinados.

Nadie parecía ver a los misteriosos viajeros; pero donde quiera que pasaban iba dejando Cristo uno como tenue perfume, que calmaba los dolores, acallaba las blasfemias y suavizaba el horror de aquel infierno.

—Qué dices de esto Pedro?, volvió a preguntar el Maestro.

Y en los ojos del discípulo, medio desvanecido por los miasmas y lleno de espanto y de tristeza, leyó esta respuesta que los labios callaban con temeroso respeto:

—Que hemos predicado en el desierto!

La mirada luminosa penetró de nuevo en el corazón de Pedro, y algo indefinible y misterioso le obligó a exclamar:

—Inexcrutables señor son tus designios. Pero salgamos pronto, que ya no podemos ver nada más horrible.

--Aún hay más Pedro. Anda, anda, anda.

Y así haciendo, llegaron a otro sitio elevado, donde un humo negro, denso y fétido, que venía de la llanura, estuvo a punto de dar con ellos en tierra.

—Qué es esto, Señor? preguntó Pedro tapándose las narices.

—Es el perfume de la muerte. Mira al llano y verás de donde sale.

El apóstol bajó la mirada y vió un espectáculo que le hizo crispár los nervios. En una especie de fosas de poca hondura y que ocupaba anchos espacios, unos soldados andrajosos y ennegrecidos, iban hacinando, como pilas de leña, cadáveres y más cadáveres y sangrientos trozos de miembros humanos que recogían en carretillas de los campos circunvecinos. Se veían allí unas caras espantosas y sin ojos, en que ya habían empesado a saciarse los perros hambrientos y las aves de rapiña; otras con gestos horribles de ira, de odio, de dolor, o de desesperación; otras con los vidriosos ojos clavados en el cielo como implorando compasión o venganza; manos crispadas que empuñaban pedazos de armas o que parecían querer desgarrar las enormes heridas por donde salían los intestinos o goteaba aún la sangre ennegrecida; giros de uniformes de diversas nacionalidades, mudos testigos de que ante la muerte, los jefes y los humildes soldados, los ricos y los pobres, los ingleses y los alemanes, los franceses y los austriacos, los turcos y los rusos, eran todos una sola cosa: una misma carne putrefacta, que había que destruir cuanto antes para que no lanzara la peste mortal sobre los vivos que debían continuar la tarea de matanza, exterminio y destrucción.

Sobre esas montoneras de despojos humanos, vertían los soldados cántaros de petróleo y otras sustancias combustibles. Era de ver luego, entre las llamas azuladas y los torbellinos de humo infecto, retorcerse los cadáveres como con dolores de ultratumba; crisparse piernas y manos desnudas y amarillentas, como con angustias infinitas; abrirse grandes ojos, como asombrados de aquel infierno, y confundirse en una sola llama y en íntimo consorcio,

los irreconciliables enemigos de la víspera. Se alzaba de aquella inmensa pira un rumor siniestro formado por los silbidos del viento, el rugir de las llamas, el reventar de los hinchados vientres y el estallido de las cartucheras.

Los enterradores, o mejor dicho los incendiarios, alejándose lo más posible de aquel calor infernal, se sentaron a la sombra de un árbol y con las manos sucias y ennegrecidas por su atroz tarea, se pusieron a comer tranquilamente.

—Oh! Señor, esto es horrible, dijo Pedro, y calló; pero en su mente leyó Cristo estas palabras: Hemos arado en el mar!

La mirada azul y suavísima de Cristo, llegó otra vez al corazón de Pedro, y algo muy raro sentiría sin duda, porque alzó al cielo los ojos anegados en lágrimas y murmuró: *Padre nuestro que estás en los cielos...*

—Todavía hay más Pedro, sígueme.

Andando, andando llegaron otro día a la cumbre de un cerro, desde donde se divisaba una inmensa extensión de cielo, de tierra y más allá de mar.

Mira al cielo, Pedro.

Así lo hizo el viejo y vió venir del confin del horizonte un enjambre de aves enormes con rapidez extraordinaria. Al fin llegaron y volando y revolando encima de ciudades y de pueblos, empezaron a arrojar sobre ellos una lluvia de bombas, que al estallar con formidable estruendo, en un instante destruían casas, palacios, universidades, bibliotecas y templos, sepultando entre las ruinas muchumbres de hombres, mujeres y niños en medio de gritos de angustia y de dolor indecibles.

—Son esos los dragones del Apocalipsis?—preguntó Pedro.

—Son los zeppelines y los aeroplanos con que los hombres han conquistado el aire, no tanto para civilizarse como para destruirse. Ahora mira al mar.

Pedro, que no recordaba sino las navecillas del mar de Galilea, se asombró al ver sobre las crespas olas una gran fila de inmensos navíos, con fuertes armaduras de acero, que al avanzar majestuosamente dejaban una ancha estela de blancas espumas sobre las azules ondas, y destrenzaban inmensas cabelleras de de humo negro que las altísimas chimeneas parecían escupir en densas bocanadas al espacio. A poco rato, acercándose a la costa, empezaron a arrojar fuego por una multitud de negras bocas que llenaban de admiración a Pedro, incapaz de comprender qué fuese aquello. Pero al ver cómo la incesante lluvia de metralla desmenuzaba las murallas de granito y derribaba las fortalezas y castillos, sepultando ejércitos enteros entre los humeantes escombros, se llenó de espanto.

—Ahora mira al fondo del mar, que es transparente para tus ojos de inmortal.

Pedro vió entonces lo que para los tripulantes de las naves era invisible: unos cetáceos enormes que, nadando cautelosamente por debajo de las olas, poco a poco se fueron acercando a los acorazados, y cuando estuvieron a conveniente distancia, lanzaron sobre sus féreos cascos algo que unos instantes después produjo horrenda catástrofe. Estallaron las minas, grandes troneiras se abrieron en los buques, las olas furiosas penetraron en ellos y en pocos momentos, entre los clamores de angustia, los pitazos de auxilio y el rugido del mar, racimos de hombres, enloquecidos por el terror, fueron cayendo al abismo; y aquellas moles de hierro, que parecían indestructibles, se hundieron lentamente hasta desaparecer para siempre bajo las ondas, continuaron impacibles su vaivén eterno.

—Qué monstruos son esos que así devoran los buques y los hombres?

Son los submarinos y torpederos con que los hombres han conquistado los fondos insondables del océano,

más no para civilizarse, sino para destruirse. Ahora mira hacia la tierra.

Pero no fue menos trágico el espectáculo que allí se presentó a los ojos atónitos del apóstol. Era un caos, una visión epocalíptica y horrible de incendio, sangre y todo género de atrocidades, entre el ensordecedor estruendo de fusilería, intermitentes cañonazos, relinchos de caballos, aullidos de dolor, maldiciones, lamentos y blasfemias.

—¡Horror, horror! exclamó Pedro, huyamos Señor, huyamos.

—Aún hay más. Mira la huella que van dejando las huestes triunfadoras.

Después del violento combate del día entero, la noche iba tendiendo su fúnebre manto de sombras sobre la llanura sangrienta y desolada. Al estrépito de las armas y los toques de corneta, seguía un silencio sepulcral y sombrío, interrumpido tan solo por los aullidos de los lobos hambrientos y los siniestros graznidos de las aves nocturnas.

—¿Qué son, señor, aquellos bultos negros que se arrastran cautelosamente por entre los cadáveres y que de vez en cuando encienden a su lado una lucecilla como de linterna sorda?

—Son las hienas humanas Pedro, aún más odiosas que los tigres furibundos que hemos visto combatiendo todo el día. Acércate, pues para ellos eres invisible, y mira lo que hacen.

Al punto mismo Pedro se halló en medio del campo de batalla y vió unos hombres andrajosos y horribles, que por entre las charcas de sangre iban levantando y revolviendo los cuerpos caídos. Figurándose que irían a auxiliar heridos o a enterrar muertos, no fue poco su asombro cuando vió salir de entre un montón de cadáveres, una mano crispada que se movía desesperadamente como pidiendo auxilio, y entonces uno de aquellos hombres que se arrastraban en la sombra, lejos de sacar al herido, lo que hizo fue dar un mache-

tazo a aquella mano lívida, lanzarse sobre ella y arrancarle un anillo que brillaba en uno de sus dedos.

Después la hiena humana se acercó a un muerto que apretaba un objeto contra el corazón y se lo quitó violentamente: era el retrato de la anciana madre, que quizá en ese mismo instante oraba en el lejano hogar por el hijo que no debía volver jamás.

Más allá, el hombre sacó del bolsillo de un oficial una carterita y de ella unas monedas y una carta donde Pedro leyó rápidamente: «Recibe hijo querido esas monedas: son los ahorros de toda nuestra vida. Tu madre y yo te las enviamos con el corazón. Pueden servirte de algo y a nosotros, sin tí, ya no nos sirven. Esperamos que te cubras de gloria en servicios de la patria y que vuelvas pronto, porque tus ancianos padres no pueden vivir sin tí. Tu padre». El hombre rompió la carta, arrojó los pedazos a la cara del muerto y tranquilamente se apropió el dinero.

Más adelante se detuvo ante un apuesto joven que, con mano petrificada por la muerte, apretaba contra los yertos labios un medallón que contenía un rizo de cabellos rubios entre un marco de oro. El ladrón de muertos arrancó la joya de aquella mano yerta y después de destrozar despreciativamente el rizo, la guardó en la maleta donde llevaba su botín de guerra, y siguió en su infame tarea de desnudar y desbaliar cadáveres.

—¿Qué dices de esto? Pedro, preguntó Cristo por tercera vez.

—Oh! Señor, que es infinita la maldad humana!... Que...

Y Cristo acabó de leer en los llorosos ojos del apóstol estas palabras:

—Que tu sacrificio ha sido inútil!

—Has dudado de mí muchas veces, dijo con dulce tristeza Jesús, y contigo toda la Humanidad a quien representas; pero lo que es infinito no es la maldad de los hombres,

aunque sea inmensa, sino la misericordia de Dios. Más ya que has visto los horrores de la guerra que Él dejó desencadenar como justo castigo y para purificar el mundo, vas ahora a ver la otra faz de la medalla.

Una como luz de intenso brillo penetró a lo más hondo del corazón de Pedro, y algo como un choque eléctrico conmovió todas las fibras de su alma. Vió a Cristo elevarse sobre la colina, envuelto en un névoo ropaje que despedía rayos, y, recostándose contra una gran cruz clavada en la cima, alzar los ojos al cielo como implorando perdón y bendiciones sobre los pueblos arrasados y los millares de hombres sacrificados en la guerra. Entreabrióronse entonces las llagas de Cristo y de ellas brotaron hilos de sangre, que, mezclándose con las lágrimas de sus ojos divinos, fueron bajando y creciendo hasta formar un río cuyas ondas iban a besar los pálidos rostros de los muertos y a reavivar la sangre cuajada en la llanura.

—Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen, exclamó Cristo. Padre, perdónales, porque cada uno de ellos sacrificó heroicamente la vida por su Patria.

Alzáronse entonces de aquel inmenso cementerio, como bandadas de innumerables palomas, las almas de los difuntos de diversas naciones, antes enemigos irreconciliables, pero ya unidos por el patriotismo y por

la gloria y purificados por el sacrificio.

Después, como en interminable cinta cinematográfica y como si con ella corriesen años y años, vió el apóstol que la mirada divina enviaba claror de aurora por sobre los campos, pueblos y países en donde la guerra había paseado su guadaña destructora, y al punto tornábanse en árboles las osamentas de los muertos, cubriábase de verdor los campos yermos, la sangre brotaba florecientes mieses y la vida surgía de entre la muerte. Por todas partes aparecían otros pueblos y ciudades, alzábanse soberbios edificios de entre los escombros de los antiguos, razas jóvenes y vigorosas poblaban los países, y el mapa de Europa, cambiado por completo, ostentaba prósperas repúblicas cristianas sobre las ruinas de las antiguas aristocracias y las despóticas monarquías absolutas de los tiempos de barbarie.

—La paz os dejo, la paz os doy! Amaos los unos a los otros, murmuró Cristo, y su silueta luminosa fué desvaneciéndose entre las nubes de una aurora espléndida.

—¡Bendito seas, Señor, exclamó Pedro, que tornas la guerra en fuente de la paz, y a la muerte en madre fecunda de la vida.

ADOLFO LEON GOMEZ

(Socio Correspondiente).

Bogotá (Colombia), marzo de 1915.

6

Discurso del Doctor Reyes Guerra

Leído por su autor el 22 del presente mes, frente a la tumba del General Francisco Menéndez, en nombre de la Sociedad «La Concordia»

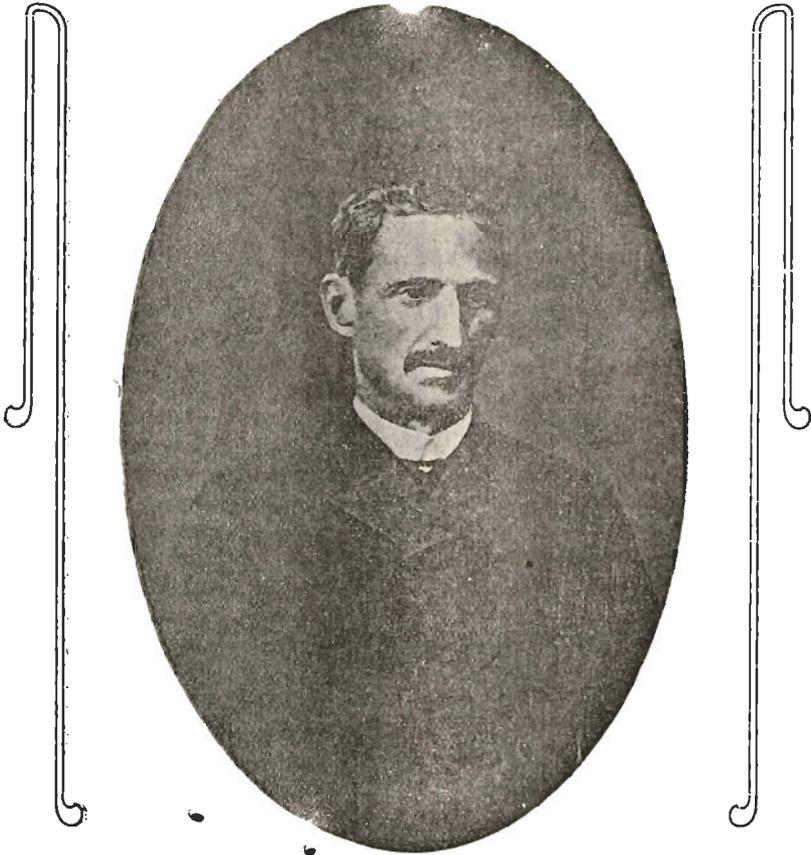
SEÑORES:

Día de gloria y de duelo nacionales,—el 22 de junio es una de las fechas singularmente raras de nuestra Historia Patria. Marca, en

1885, el principio de una época feliz en verdaderos triunfos de progreso y de grandes ideales democráticos. La divina luz del derecho; el rayo mágico de la libertad; el soplo milagroso de la ciencia; la idea en

la plenitud de su esplendor y de su poder excelsos; la doctrina consagrada como ley suprema en las nuevas instituciones de la República, y convertida en edificante realidad en la vida económica y moral de la Nación; todo esto resplandeció culminando en el cielo

protector generoso de la enseñanza pública, de la educación de la juventud y del alto nivel de las ciencias y las bellas letras. Y experimento una emoción profunda de alegría y de dolor, mezcla de sentimientos que sacuden impetuosamente mi ánimo, ora elevándolo al calor de mi entu-



GENERAL DON FRANCISCO MENÉNDEZ

salvadorenño como preciado fruto de la inteligente y benéfica obra política y administrativa del eximio varón y egregio ciudadano General Francisco Menéndez. Con respetuoso afecto pronuncio el nombre esclarecido del héroe en las grandiosas luchas del bien y del adelanto humanos; del invicto campeón y soldado intrépido en el campo de batalla; del apóstol y adalid y

siasmo en elogio del Magistrado eminente, ora sumiéndolo en infinita tristeza al recuerdo abominable de la infame tragedia que lo llevó a la tumba envuelto en la eterna aureola de los mártires. Como enhiesta encina de la montaña virgen derribada por el huracán, así el integérrimo mandatario cayó de las gradas del solio, al golpe rudo de negra ingratitud, y su caída estruendosa arrancó

del pecho de sus conciudadanos un grito inmenso de indignación y de protesta y cubrió de luto la conciencia honrada de todo un Pueblo. Y se dio el espectáculo conmovedor y sublime de ver cómo un Pueblo consternado por la desgracia, llora siempre delante de los despojos venerandos de su héroe predilecto; y piadosamente riega con sus lágrimas la tierra santa en cuyo seno obscuro duerme su interminable sueño el que fue padre de la infancia y de la juventud salvadoreñas; infancia y juventud que invocan sin cesar y enaltecen su imperecedera memoria y su gigantesco espíritu, tipo de bondad y de virtud, en homenaje religioso de gratitud y de admiración. Frente a la tumba del héroe y del mártir y del padre, nuestro corazón, el corazón del Pueblo salvadoreño, se ensancha y se agita al impulso de una aspiración patriótica sacrosanta y de los más ardientes ensueños libertarios. El alma que vacila, recobra y fortalece la fe pura en los clásicos ideales de justicia social, en la fuerza misteriosa de la verdad, en los dulces y prodigiosos encantos de la virtud. Y es porque la radiante figura moral del hidalgo expresidente, erguida sobre glorioso pedestal, juzgada y embellecida en una hora de horribles tempestades, atrae y domina ostentando sobre la frente guirnalda de luces y colores inmortales. El General Francisco Menéndez ascendió al Poder aclamado por el aura popular. Supo rodear su gobierno del sólido prestigio que crean la honradez acrisolada, el amor indeclinable al progreso y a la positiva felicidad de la Patria, y el empeño fidelísimo y perseverante en las arduas tareas de regeneración política y mental de la juventud y del pueblo. Fue un elegido que marchó resueltamente hacia la cumbre del bien; y desde la cima altísima que escaló, pudo contemplar un vasto horizonte en cuyos dilatados espacios su mirada apacible acarició la obra

espléndida de cultura y de adelanto que su genio y su corazón de patriota conspicuo desarrolló con éxito sin paralelo en la Historia de El Salvador. Para llegar a la meta de sus fervientes anhelos, buscó con criterio amplio, sin prejuicios de partidismo apasionado e intransigente, y encontró los factores aptos y honorables y los elementos necesarios. Nunca se supo que haya dicho: *no tiene el país, no hallo hombres buenos y capaces; carezco de recursos indispensables; tropiezo con tales obstáculos y dificultades invencibles.* En un período de 25 a 30 años atrás, sin los factores preparados y los elementos creados entonces y aun después en el transcurso de 25 años,—bajo el imperio firme de una voluntad creadora, de una energía honrada y poderosa, de un deseo vehemente de regeneración y grandeza de la Patria, florecieron con brillo extraordinario la Instrucción Pública, el Ejército y la Hacienda, y todos los demás ramos del Gobierno de la República. El porvenir del niño que es también el porvenir de la Patria, constituyó la constante preocupación del General Menéndez, concediendo el más entusiasta apoyo a todas las iniciativas tendientes a resolver definitivamente el problema capitalísimo de la futura conservación y prosperidad de un Estado soberano. Tal es la síntesis de su labor, y el merecido título de su fama. ¡Vosotros niños y jóvenes, estudiad con esmero en la Historia Patria, la página de oro que resume la vida del preclaro expresidente General Menéndez. Como ciudadano y como gobernante, sus modestas costumbres, sus virtudes nunca eclipsadas, sus brillantes acciones de soldado y de magistrado,—enseñan con elocuente sencillez cómo se recorre la senda única que conduce a la conquista de solemnes consagraciones en la posteridad, de justas apoteosis populares.

El alma, el corazón del bienhechor y del patriota, palpitantes en sus proezas memorables y en sus fecundas obras de gobernante, inspiran y cautivan con el poder fascinante de la bondad y de la belleza. Alma bella como el diamante o la perla en el misterio de la creación; alma vibrante y armoniosa como fulgor de astro; alma buena, de sensaciones y de pensamientos luminosos...!Ante sus altares silenciosos

y lóbregos, los miembros de la Sociedad de Artesanos «La Concordia», todos los devotos admiradores del ilustre patricio salvadoreño, tributamos el homenaje de gratitud y de amor que debemos a su nombre y a su gloria, y depositamos en su tumba la simbólica corona de laurel y de siemprevivas!

ALONSO REYES GUERRA
(Socio Honorario del Ateneo).

Películas Campesíres

(Al sabio maestro de la juventud, DON FRANCISCO GAVIDIA.)

De Noche

I

Se ve un collar de fuego en la montaña que circunda la cúpula altanera a donde habita solitaria, huraña, el águila caudal. En la ribera del mar atronador que reverbera, se ven los cervatillos asustados que huyendo van de sofocante hoguera con los ojos llorosos, inyectados.... Pasan después los ágiles venados rompiendo los bejucos y las breñas de los espesos montes y collados y algunos ocultados tras las peñas se quedan por momentos abismados, con sus miradas tristes y sedeñas!....

II

El mar sigue rugiendo indiferente por incendio voraz iluminado, se retuerce feroz como serpiente, o cual tigre gigante encadenado! Las aves del bosque han despertado creyendo, acaso, próxima la aurora y en los verdes manglares se han posado para entonar su charla arrobadora. La blanca garza su plumaje admira retratado en las ondas del estero y parece que viéndolo suspira; mas del incendio el lumínar postrero ya lentamente en derredor espira y de sombras se viste el bosque entero!

Matinal

III

El Sol, por fin, su túnica desflora
 anunciando en Oriente un nuevo día,
 y las alturas con su lumbre dora
 causando de las nieblas la agonía.
 Las vacas al redor de la alquería
 lamen con avidez en las baldosas
 la blanca sal: ¡magnífica ambrosía
 que hace sus pieles tersas y sedosas!
 Las ardillas brincando en los manglares
 ocúltanse juguetonas y hurafías,
 de la selva en los secos matorrales;
 el viento muje entre las verdes cañas
 y sus telas de encajes siderales
 tejen con entusiasmo las arañas!

Idilio

IV

Las ramas de los árboles se besan
 y se unen y se quejan y deliran;
 cuando amorosas su pasión expresan
 parece que son almas que suspiran.
 Las aves que en sus cóncavos anidan
 soñando con un mundo de delicias
 a los placeres del amor convidan
 en el tálamo azul de sus caricias.
 El río se despeña entre clamores,
 surcando altivo la arboleda umbría
 y añorando sus íntimos dolores
 cruza por la azulada serranía
 y desciende otra vez por los alcores
 como sierpe de plata, en agonía!

RAFAEL GARCÍA ESCOBAR.

1915

La Literatura y los Hombres de Letras

(Al «Ateneo de El Salvador», y en particular a DON SALVADOR TURCIOS R.)

El egotismo, cuando se emplea en beneficio de una idea de trascendencia colectiva, antes es una virtud ética que un vicio de conformación psicogénica. El escritor profesional, es decir, aquel que se siente con valor y vocación para luchar por un ideal legítimo, precursor de una renovación social colu-
 lumbrada y alcanzada, en parte,

tras incruenta cruzada contra el proverbial egoísmo de algunas clases de los pueblos hispanoamericanos, tiene su calvario, pero también su tabor; el primero, en el medio ingrato en que se impone a la envidia, la ignorancia y los prejuicios seculares; y el segundo, en la diafanidad de sus ideales, en la aprobación de los buenos y en el estímulo de los poderosos, que para el caso muy lejos están de serlo la gran mayoría de los conductores de pueblos y dioses del dinero, sino aquellos que se han desvelado por llegar a la meta de la perfección humana por el don y ejercicio de la palabra, desbastada por la civilización hasta hacer de ella instrumento de la divinidad para inmortalizar a los pueblos y un valladar opuesto a la corrupción étnica de las razas, pujantes en su unidad etnográfica y decadentes cuando el cosmopolitismo especulativo hace de ellas su presa. Parece un contrasentido, pero es lo cierto que toda conquista involucra la pérdida de un pedazo del alma conquistada. De ahí que el indio glorifique la tradición con su amor jurado al terruño; que el criollo y el mestizo muestren otra faz de la cultura, pero también con menoscabo del derecho propio; y que el pleno refinamiento lleve invivita la transformación radical de los caracteres etnológicos, en beneficio, sí, de la civilización mundial.

El *Ateneo de El Salvador*, y detrás del Ateneo todos los corazones y cerebros anuentes que se sientan capaces del altruismo que infunde el acercamiento a la fraternidad y la justicia por la comunión de las almas en un solo ideal patriótico, deben empeñarse en esta batalla redentora: cegar las fuentes del egoísmo que se desbordan rompiendo con todo vínculo civilizador, y abrir a las ambiciones legítimas los ma-

nantiales milagrosos del estímulo, para que nazca y arraigue en nuestro caro solar el árbol de la paz próspera y la libertad dignificadora y fecunda; árbol a cuya fronda se agrupen el trabajo que redime, la virtud que ennoblece y la prosperidad que agiganta a los pueblos, glorificándolos.

Es evidente que uno de los signos en que se conoce el grado de cultura de un pueblo es su literatura y sus hombres de letras. Y al decir cultura no queremos dar al concepto su latitud lexicológica, sino su restricta significación estética, con preferencia a la idea sociológica que ella implica. Queremos bordar, por decirlo así, el pensamiento perfilado en estas líneas, sobre la tersa superficie de un fondo claro y transparente, para que ni la licencia retórica ni la carencia de facultades intelectuales desnaturalicen la obra capital que abordamos, defiriendo a benévolas instancias.

La cultura elevada y dignificadora, que vive de ella y para ella, auxiliándose de las ciencias experimentales sólo para la empsicosis del ideal con el mundo positivo, es aquella que, iluminando el espíritu humano con la luz natural en sus variadas proyecciones realistas y subjetivas, transforma al hombre inteligente en faro de dinámica potencialidad y en fuerza incontrastable que se dilata hasta los límites no imaginados del infinito.

Asistido de Harpócrates discurre hoy nuestro espíritu por el ambiente simpático en que se rinde ferviente culto a los más excelsos atributos humanos: el pensamiento y la palabra; no para hacer gala de caprichosos y deslumbrantes giros en ascensión sublime al ideal del arte verdadero, sino porque para columbrar éste, es preciso remon-

tarse a las alturas en que brillan con resplandores de gloria inmarcesible los superhombres de la leyenda y de la Historia.

Los hombres de letras y las obras que ellos pensaron, piensan y divulgan son la flor de todas las civilizaciones conocidas. Las páginas que mejor pulimentan el alma de los pueblos, ilustrándolos, y que viven vida inmortal en el gran libro que registra los triunfos de la especie, son aquellas que muestran al hombre revestido con el suntuoso poder del arte y la belleza, por la concepción genial del pensamiento y la pureza impecable del lenguaje. El pensador que dice cosas bellas y que por el arte de la palabra transforma y ennoblece a la humanidad, llega a personificar él solo las etapas de un pueblo, las glorias de una raza. Ejemplos: Shakespeare en Inglaterra; Víctor Hugo en Francia; Dante Alighieri en Italia; Cervantes en la Madre Patria; y en nuestra América, Andrés Bello, Ricardo Palma, Fray Matías Córdova y Sor Juana Inés de la Cruz, por citar algunos, altas columnas que se destacan en los horizontes del tiempo como otras tantas gallardas muestras de la inmortalidad del pensamiento vaciado en los clásicos moldes del más útil y divino de los dones humanos.

Decir bien de los dilectos que nos han precedido en las jornadas de la prensa dejando una estela de luminosas enseñanzas y vigorosos estímulos, es sentirse poseído del santo ideal de la gratitud y la admiración, que obra prodigios en el inconmensurable laboratorio de la voluntad y la mente. A falta de ilustración suficiente para figurar con honor en las filas del Ateneo, nosotros siempre hemos rendido pleito homenaje a la más excelsa de las virtudes morales después de la Caridad, porque se resuelve en justa emulación por lo que es bueno, por lo que es sano, por lo que es edificante y civilizador. Así, y como

evocados por el fiat de ese noble sentimiento que solo puede igualarlo el de la justicia, desfilan en el pensamiento ascendiendo del corazón, la modesta y colosal figura contemporánea de Francisco Gavidia, el más ilustre de los salvadoreños vivientes; de Anselmo Valdés, poeta de la Gran Antilla que puso en nuestros labios la eucaristía de su verbo educador y singular, preparando la tierna inteligencia para el alumbramiento de Hebe radiante, que toda criatura lleva latente en su cerebro; de Ramón Uriarte (Renato Murray) que pulsó la lira como un trovador del Himeto en su «Déjame así»; que supo orar como un magistrado del Foro romano y escribir catilinarías y leyes sobre la huella de Juan Montalvo; Lorenzo Montúfar y Valero Pujol, este último, ignorado sabio que ha caldeado el ideal libertador de Centro América por casi medio siglo. Valero Pujol ha edificado más con su fecunda pluma y en su cátedra de Historia que todos nuestros caudillos endiosados bajo el espejeo de sus sables avasalladores y tiránicos, casi siempre agreños.

Reanudando el tema adoptado se nos presenta propicio el momento para hacer una distinción muy necesaria a nuestro objeto entre los varios talentos que han consagrado su vida mental al cultivo del arte de la palabra y al culto ferviente de la ciencia en sus infinitas manifestaciones. Tan vasto es el campo de los conocimientos literarios, que lo publicado hasta hoy desde que el insigne Gutenberg inventó la Imprenta en el siglo XV, no es sino como el prólogo del portentoso plan en que se desarrollará en lo porvenir el pensamiento de los pueblos. Cuando esté vencido el analfabetismo y se halle triunfante en todo el mundo el famoso escudo

minervino, el alma ya ilustrada de todas las actividades rasgará por siempre el velo que aun oculta maravillosas lontananzas a la mirada miope de los libertos de la civilización.

Así como toda raza tiene su sello propio en la plasticidad de los lineamientos fisonómicos, todo temperamento artístico tiene su carácter peculiar y viceversa. Entre diez literatos de una misma nacionalidad y de igual erudición, mediante el ejercicio continuado de la lectura atenta y bien digerida, no es empresa romana distinguir la idiosincrasia de cada escritor y dar con las huellas que han seguido o siguen; con sus tendencias actuales y la intensidad de sus facultades creadoras. Se ha afirmado con mucha propiedad que "el estilo es el hombre", lo cual refuerza nuestros apoyos en lo que dice al tema que rozamos y al cual llegamos con auxilio de la Psicología, que atomiza la substancia anímica y de la Filosofía de la Historia, que es una síntesis de las verdades experimentadas, sin apelación en el proceso del espíritu. Si es verdad que la Literatura es una en su acepción genérica, como una es la humanidad con su variedad de razas y costumbres, los cultivadores de las letras son desemejantes entre sí, sin que por otra parte dejen de constituir una casta privilegiada ungida por Palas; observación esta, que confirma la gran variedad de escuelas literarias que forman la Bibliografía mundial. Con elementos netamente salvadoreños demostraremos esta diferencia substancial en la conformación etiológica y étnica de los hombres de letras.

Hace unos veinticinco años se habló en un alto centro científico-literario de esta capital, del valor y procelitismo de las dos principa-

les escuelas literarias que informaban entonces e informan todavía el proceso mental y estético de Europa y América, a partir de la derrota o decadencia de la escuela de Abelardo y sus continuadores. Delgado y Castañeda hablaron de idealismo y naturalismo en literatura, escuelas entre cuyos representativos se cuentan, respectivamente, el célebre apasionado de Heloisa, Lamartine y Jorge Isaac; Balzac, Pérez Galdós, Zola y Benavente. El Dr. Delgado impugnó el realismo o naturalismo, defendiendo ipso facto, la falange que aboga por la belleza de la forma y el eufemismo en el fondo; especie de neoromanticismo que tiene sus cultivadores en poetas, noveladores y comediógrafos de muchas partes, aunque en el teatro sea evidente el favor que merece la primera de dichas escuelas literarias. Y no porque los adversarios en la arena de la Academia de CC. y BB. LL. de El Salvador pensarán diametralmente en un tópico que interesa a la familia, han dejado de ocupar puesto culminante, no digamos ya en los escaños de una sociedad local, sino en el alma popular, que los confirmó desde entonces como representativos de la literatura nacional.

Lo que, en el fondo, importa ahora a los que de algún modo nos dedicamos a mejorar nuestras condiciones sociales, es el fin preconcebido y perseguido con fe y perseverancia; mejor todavía si la obra se hace perdurable y simpática por la forma, que al fin y al cabo lo bello y lo bueno significan la multiplicación de la fuerza impulsiva y fecunda. Positivistas, románticos o eclécticos, todos los que esgrimimos una pluma con más o menos autoridad, estamos en el deber de renovar los fundamentos no sólo etocráticos, sino también estéticos y

éticos de nuestra nacionalidad, por medio del verbo poderoso de la palabra hablada o escrita, ceñida no tan solo a las reglas convencionales de la Gramática General, sino y preferentemente, al canon más elevado del hombre moderno: la ciudadanía de las letras para poder

llamarnos con propiedad ciudadanos de la República, forma la más perfecta del derecho natural.

CARLOS URRUTIA F.

Enero, 27 de 1915.

¡¡ Ajena, Ajena...!!

NOVELA CORTA escrita por ABRAHAM RAMÍREZ PEÑA, especialmente para el "Ateneo de El Salvador".

CAPÍTULO I

Hogar Venturoso

Ofelia, la dulce Ofelia se siente feliz!.....

Ama y es amada con delirio.

En su mansión de amor, se aspira el embriagante perfume de los azahares de su corona de novia.

Por los ámbitos de aquel hogar venturoso, recientemente fundado, vagan tímidos y rumorosos, los últimos destellos del hermoso día de bodas, y los amorcillos alados, risueños y triunfantes, juegan al escondite en la deliciosa alcoba de los novios.

Todo tiene allí, un dejo de felicidad voluptuosa!

Gaspar ama ardientemente a su dulce esposa, a Ofelia la mimada de la suerte, a Ofelia la de los cabellos blondos y rizados, la de los ojos negros y de mirar extenso, con profundidades de océano, la de frente blanca, tersa y espaciosa, a la encantadora Ofelia que ha permitido que su alma, su sér, su vida, se fundan en el hombre seductor, en Gaspar, el apuesto galán de la comarca, el que siente inmensa felicidad al considerarse dueño absoluto de aquella joya conquistada triunfalmente en las justas del amor.

Gaspar es, pues, muy dichoso. Ama y es amado con pasión.

CAPÍTULO II

En el Campo

Han pasado dos años.

Gaspar y Ofelia han cambiado de residencia; han dejado el bullicio de la ciudad y viven en una hermosa Quinta.

Gaspar sigue amando con frenesí a su Ofelia, la de los cabellos blondos y rizados, la de frente blanca, tersa y espaciosa....

Los amorcillos alados también han cambiado de residencia; y continúan jugando al escondite en la nueva alcoba perfumada, de Gaspar y Ofelia.

Los últimos resplandores del sol, en aquel hermoso día de primavera, alumbran con dulce y apacible timidez, los recónditos de la sala.

Gaspar está ausente y Ofelia, sentada cabe la ventana que da al sendero tortuoso, lee a «María» de Jorge Isaac; su obra favorita.

Cada vez que voltea las páginas del libro, sus ojos negros de mirar extenso con profundidades de océano, se posan por cortos momentos en la culebreada senda por donde tiene que aparecer Gaspar.

El sol ha ocultado ya, tras la inmediata colina, su rojiza faz y las opacidades de la noche comienzan a envolver los muebles de la salita.

Una hora larga ha que Ofelia lee en espera de su marido.

De pronto se oyen los caracoleos de un brioso corcel. No puede ser Gaspar el que viene por que él monta una bestia híbrida, mansa y sin herraduras.

Por la mente de Ofelia pasa rápida esta pregunta:

—¿Quién será?

Cierra presurosa el libro y se pone en pies.

Tumba sobre el descanso de la ventana su hermoso busto para ver mejor. Sus cabellos blondos y rizados se precipitan en confuso tropel hacia delante, como para cubrir los encantos que la indiscreta bata ha dejado descubiertos en el pecho de Ofelia.

En aquel preciso instante, el corcel pasa al pié de la ventana. Sobre sus anchos y lustrosos lomos, cabalga un joven de postura arrogante, con sobrebotas de charol amarillo. En la siniestra lleva un junquillo con el que fustiga los lomos del noble bruto y con el cual saluda marcialmente a Ofelia, quien como tímida gacela, huye al interior sin percatarse del saludo.

En la retina de los ojos del joven quedó gravada, por largo rato, la hermosa figura de la desconocida.

CAPÍTULO III

Puestas de Sol

Gaspar tiene que asistir a la Oficina; y como la Quinta dista de la ciudad dos millas largas, fuera del radio de la población, hace el viaje por la mañana y por la tarde, sobre los lomos de una silenciosa y paciente acémila, de andar reposado y calmoso.

Ofelia mata el tiempo en los quehaceres hogareños o leyendo a «María» de Jorge Isaac.

La escena del día anterior se repite.

Los caracoleos del noble corcel se oyen nuevamente a la misma hora, a la puesta del sol, y el arrogante joven del junquillo, pasa y saluda afectuosamente a Ofelia, antes del regreso de Gaspar.

Y así, todos los días, a las puestas de sol, el brioso y noble corcel, adivina la intención de su joven amo, y al pasar delante de la ventana de Ofelia, ensaya las más peligrosas cabriolas para que el jinete pueda lucir ante la joven desconocida, sus habilidades.

Ofelia ya no es tímida; se queda para contestar el saludo del joven y para admirar su destreza. Y en él clava su mirada hasta perderle de vista, en el primer recodo del sendero.

CAPÍTULO IV

La Flor del Pecado

Un año más.

Gaspar continúa amando a su adorada Ofelia, a la de cabellos blondos y rizados, la de frente blanca, tersa y espaciosa, la de ojos negros de mirar extenso con profundidades de océano....

Ofelia, empero, es otra, es infiel por que piensa en otro hombre que no es su marido, es indigna a ratos, Ofelia ha pecado.

Espera la caída de la tarde; aguarda la puesta de sol.

¿Para qué?

Para....sentarse cabe la ventana que da al sendero tortuoso por donde tiene que llegar su marido a quien espera, leyendo a Jorge Isaac.

El libro yace en sus faldas de blanco cambray y su mente se vuelve oídos para percatar el casquear del brioso corcel.

Es la hora precisa, la hora del pecado, la hora del engaño.

El joven del junquillo detiene al noble bruto cerca, muy cerca de la ventana y con donozura, deposita en las blancas manos de Ofelia una flor silvestre.

Tras breves momentos se pierde en el primer recodo del sendero y la joven besa subconscientemente aquella flor silvestre.

La flor del pecado!

CAPÍTULO V

Las Dudas Saltan

Aquel mismo día, Gaspar siente un terrible aguijón clavado en el medio del pecho y al instante, en su mente, brota un pensamiento sombrío que le pone intranquilo.

Interrumpe sus quehaceres y se entrega al sufrimiento producido por la duda.

—¡Ofelia, mi dulce Ofelia!, exclama y deposita en sus manos enlazadas, su frente ardorosa.

Desde aquel terrible instante siente comezones en todo su sér que le irritan sobremanera. En su mente permanece fija, la bella figura de su dulce Ofelia.

La encuentra maculada. merced a las dudas. Gaspar ya no es feliz.

Llega a su casa de la Quinta, abraza y besa a Ofelia como de costumbre y parece que la calma renace. Todo en su hogar de ventura se halla intacto.

—¡Dulce bien mio!, exclama besando nuevamente a Ofelia en su blanca, tersa y espaciosa frente.

Ofelia se deja acariciar con embeleso y Gaspar se considera dichoso.

—¡Me ama!, se dice interiormente.

CAPÍTULO VI

¡Eureka!

Un mes después Gaspar está flaco, macilento.

Las dudas se han convertido en celos.

Ofelia se muestra fría.

Y esto hace que Gaspar, que ama tanto a su Ofelia, sufra lo indecible y no aparte de su imaginación hondas y negras acciones.

Cuando está cerca de ella es feliz; cuando está ausente es desgraciado.

¿Qué hacer? ¿por qué estas dudas? ¿a qué estos celos? ¿será que Ofelia me engaña?—Así se pregunta en medio de la labor de la Oficina.

Y es que Ofelia es extremadamente bella y tentadora.

Los hombres ignoran que es de Gaspar, que un día fue aprobada y sancionada la unión lícita y amorosa, material y espiritual de aquellos dos seres, nacidos el uno para el otro.—Este pensamiento roe el alma de aquel hombre.

—¿Cómo hacer entonces, para que todos los hombres, absolutamente todos, sepan que es mía, o cuando menos, que es ajena?, esta pregunta se hace repetidas veces Gaspar.

—Es necesario que se sepa eso, que nadie ignore que es ajena.

Esta idea persiste en la mente de Gaspar, quien reflexiona largo rato bajo el incentivo poderoso de los celos que le acosan sin cesar.

Por fin, un luminar invade su cerebro irritado, y

—¡Eureka!, exclama.

CAPÍTULO VII

Plan Concebido

Aquella tarde sale de la Oficina más temprano que de costumbre. Se encamina a la farmacia más cercana y se provee de dos medicamentos.

En el camino, yendo para al Quinta, medita sobre su plan, hijo maldito de los celos. Se afirma más y sin admitir tregua ni refle-

xión, resuelve definitivamente, llevar a cabo su proyecto perverso.

¡Es tanto lo que sufre!

Su Ofelia, su dulce Ofelia le engaña por que se muestra fría.

¿Con quien? ¿de qué manera? se ignora; pero el corazón amante no se equivoca nunca; y, por si acaso, hará lo que ha pensado.

Los hombres todos, absolutamente todos, sabrán al verla, que Ofelia es ajena, que Ofelia tiene dueño, que Ofelia no es libre, que Ofelia ama y es amada.

Eso se sabrá desde el día siguiente!

CAPÍTULO VIII

El Beso Furtivo

En el mismo día; pero más temprano que de costumbre, el joven del junquillo, que monta el brioso corcel, se halla cabe la ventana que da al sendero.

Estrecha amorosamente entre sus manos las de Ofelia.

Ambos se contemplan embelesados. Ya son amigos muy íntimos, ya se han comunicado sus impresiones y ya, entre ellos, existe una corriente de simpatía agradabilísima.

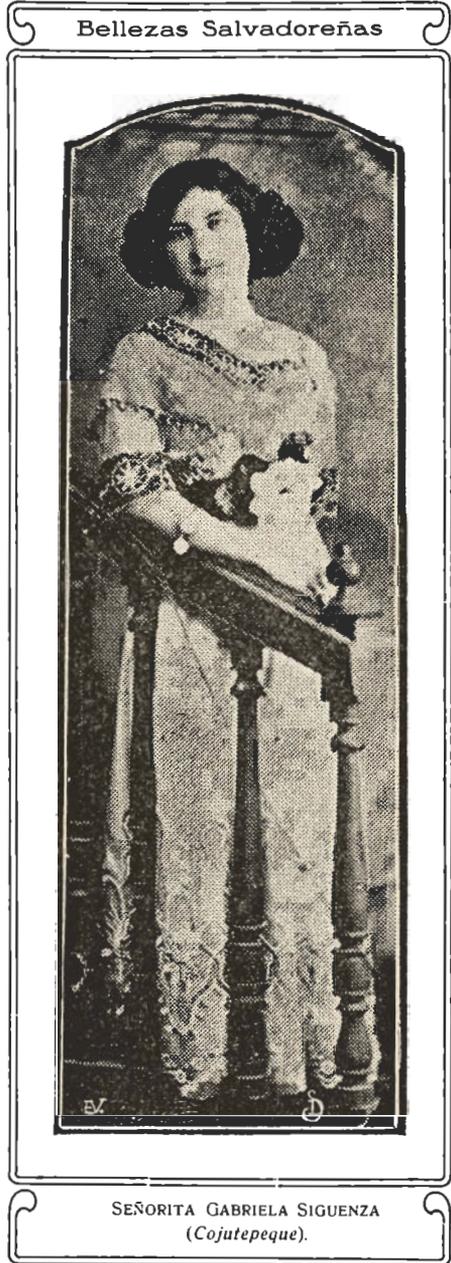
Ambos presienten algo y se despiden.

El brioso corcel obligado por su amo, se acerca más a la ventana. El joven del junquillo toma entre sus manos la hermosa cabeza de Ofelia y estampa un sonoro beso en la frente, tersa y espaciosa.

Al oír el chasquido del beso, el brioso corcel hace una peligrosa cabriola y arranca al galope contra toda la voluntad de su amo que no lo puede detener.

Aquel ósculo lleno de lascivia inocente y voluptuosa, aquel beso furtivo quema la tersa frente de la mujer hermosa, y es tal la impresión que deja en ella, que permanece largo rato conmovida.

Su corazón late fuertemente, su alma contristada no tiene quietud, y su cuerpo entero parece un in-



menso laud, en donde repercute la sonoridad del beso infame, dado y recibido en medio de una soledad impía y criminal.

CAPÍTULO IX

En el Comedor

Ofelia tiembla como un cervatillo al recibir las caricias de su marido y Gaspar nota aquel temblor nervioso y mal disimulado; y como llega intrigado por los celos, cree ver dibujada en la blanca frente de su esposa una mancha infame en forma de ósculo ennegrecido.

Ambos logran sobreponerse y salta en medio de los dos un hálito de engaño que los separa. La paz ha huído en vergonzosa carrera dejando el campo a la desgracia.

Ofelia se retira a su alcoba para llorar inútilmente su falta y con sus lágrimas, calmar el ardor de su frente maculada.

Gaspar se larga a preparar un brevaie narcótico que le ayude a llevar a feliz término su tenebroso plan preconcebido.

Es la hora de la cena.

Los dos se encuentran en el comedor. El uno frente al otro, en actitud apacible y sonriente. Gaspar mima a su dulce Ofelia como de costumbre, y ella se reconcentra sin exteriorizar sus sentimientos ni sus ideas, más allá de lo prudente.

CAPÍTULO X

El Sueño de Ofelia

Concluida la cena, Gaspar se retira, pero antes acaricia fríamente a su esposa.

Ofelia sola, encamina sus pasos a la alcoba. No ha comido gran cosa y siente su cuerpo pesado; al andar le parece que las plantas de los pies se han convertido en verdaderas planchas de plomo.

El recuerdo del beso furtivo la atormenta. Siente en su conciencia un peso enorme y una voz caberosa le dice al oído tenazmente:

— ¡Eres una infame pecadora!

Al llegar a su alcoba se tiende en su camastro.

Julia, la camarera, ha encendido la lámpara. Ofelia baja el velador de color verde oscuro, hasta cubrir la llama.

Un minuto más y Ofelia está profundamente dormida.

Después entra la camarera y sorprendida de ver a su ama en aquel estado, se apresura a desvestirla. Concluida la tarea se retira.

Ofelia al dormirse tiene presente el recuerdo del beso furtivo y sueña que el ósculo infame impregnado en aquella frente blanca, tersa y espaciosa, va poco por poco extendiéndose; que llega el momento en que toda la frente se halla cubierta por una mancha negruzca que se rompe en mil pedazos y que una mano acondiciona las manchitas negras hasta grabar con caracteres visibles esta palabra: «AJENA».

Ofelia reconoce aquella mano. Es la mano callosa de Gaspar.

CAPÍTULO XI

¡ ¡ Ajena, Ajena ! !

Entre tanto Gaspar vuelve de su paseo nocturno.

Entra en la alcoba y alumbra a su esposa dormida.

Ve el reloj y sabe que son las once de la noche. Profundo silencio reina en la estancia, alumbrada tenuemente por la lámpara de velador verde.

Ofelia está asombrosamente hermosa.

Gaspar no la admira, está celoso y le lanza una mirada de hiena herida. Su excitación nerviosa le obliga a crisar los dedos en señal amenazante, y a borbotones exclama:

— ¡ ¡ Infame ! !

Gaspar siente poderosos martillazos en sus sienas y un grave crugir en su cerebro fatigado. Se acerca al camastro; contempla a

su esposa con sonrisa extraña y terrible.

Saca de su bolsillo un botecito forrado con papel de estrasa azul; es solución de nitrato de plata. Limpia el sudor de la hermosa frente de su mujer y provisto de un pincelito fino dibuja en ella con caracteres visibles estas palabras: «AJENA». Así lleva a cabo su pensamiento. De este modo los hombres, al verla, sabrán que es ajena, que tiene dueño y que no es libre.

Contempla un momento su obra.

Y la sonrisa se trueca en una destemplada carcajada: Los martillazos de las sienas son más fuertes y más continuos, el crujir del cerebro es insoportable ya, y la razón se le escapa.

Con los dedos de las manos crispados amenaza el cielo, sale a escape de la estancia y va por el camino increpando al mundo y gritando con voz cabernosa: «AJENA!!, AJENA!!».....

CAPITULO XII

Fatal Transición

Ofelia duerme toda la noche presa de una terrible pesadilla.

Con los ojos de la imaginación lee, durante el sueño, en su frente, la palabra: «AJENA» escrita por la mano de su esposo; y es tal la agitación de su ánimo que despierta asustada cuando los primeros rayos del sol penetran en la estancia.

Se incorpora en el lecho y sin olvidar el sueño en todos sus detalles, se viste perezosamente.

—¿Qué será de Gaspar que no vino esta noche?—, se pregunta al concluirse de vestir.

Pensando en el beso y en el sueño se dirige al tocador.

Y, ¡oh desgracia!

El espejo le refleja con los mismos caracteres del sueño, la palabra «AJENA» escrita por la mano de su marido en su frente blanca, tersa y espaciosa, como un castigo por su infamia del día anterior.

—¡Dios mío! ¿qué es esto?— exclama desfallecida, tratando de borrar con sus manos frías aquellas letras; pero al convencerse de la triste realidad, lanza un grito destemplado y abandona la estancia en pos de su marido increpando al mundo y gritando desafortadamente: «AJENA!! AJENA!!»

EPILOGO

Dos años después Gaspar y Ofelia ocupan sendas habitaciones en un Manicomio.

Merced a los tratamientos curativos, el estado de los alienados es bastante satisfactorio. Las letras están casi borradas.

Los dos presentan un aspecto desconsolador.

El joven del junquillo costea los gastos y vela por los infortunados, como para descargar su conciencia de un peso enorme, por haber tomado parte en aquel terrible drama.

Alma Ingenua

(Especial para el "Ateneo de El Salvador")

Tras el peregrinar de mi existencia
aspiro en este mar de decepciones,
que un santuario de luz sea mi conciencia
y un sello de heroísmo mis blasones.

Que el ave pensamiento, como una
mariposa de luz, tienda su vuelo,
y suba a los palacios de la luna,
y despliegue sus alas por el cielo.

Que surja ávidamente
de mi estro vibrador el verso airado;
y crezca la simiente
ubérrima y ardiente
de mi corazón desconsolado.

Que al murmullo del viento cadencioso
que silba entre los árboles, la leda
brisa autumnal inunde la arboleda
de un perfume silvestre y delicioso.....
Que se estremezcan de pavor las hojas
y que duerman las aves en sus nidos
hechos con fe bajo las ramas viejas.....
Que en cortejo de penas y alaridos
revienten mis congojas
y mis nostalgias hondas,
al modular mi corazón sus quejas
bajo el palio esmeralda de las frondas.

Que sea un templo de amor Naturaleza
y un puñado de flores mis canciones,
un ave misteriosa la tristeza
y un torrente impetuoso mis pasiones.
Y así, divinamente,
teniendo por blasón mi verso altivo,
y sembrando en mi mente
montonera de sueños..... solo anhelo
proseguir mi camino, pensativo,
y vigorar mi espíritu cautivo
retando al mundo y observando al cielo.

Así, como un proscrito
quiero seguir, en medio a los abrojos
que cubren densamente mi camino.....
clavada la pupila en lo infinito
con un lago de perlas en los ojos;
cargado de nostalgia y desventura
y sediento de calma,
apurando mi cáliz de amargura,
sangrando el pecho y desgarrada el alma.

Tras el peregrinar de mi existencia
aspiro en este mar de decepciones,
que un santuario de luz sea mi conciencia
y un sello de heroísmo mis blasones.

FEDERICO ALVAREZ HENAO
(Colombiano).

Cali, XII-MCMXIV.

NOTA. — Sr. Director del ATENEO: La simpatía que en mi espíritu despierta su ilustrada Revista, me obliga a rendirle un cariñoso y humilde voto de aplauso por semejante obra, digna de todo encomio.

Le acompaño mi *Alma Ingenua* para que haga de ella el uso que a bien tenga.
Respetuosamente afectísimo. — ALVAREZ HENAO.
— Cali, 15 de diciembre de 1914.



Pluma de Escritora Hondureña

Mi Musa

(Especial para el "Ateneo de El Salvador")

En las tardes diáfnas se viste de rosa y con sonrisa de luz habla a mi espíritu en sus horas sitibundas de ideal. Psiquis, dormida, despierta alegre y sonora y sus alas fulgentes quema el incendio del crepúsculo, mientras el paisaje vespéral se esfuma en un mar de lila, rizado, que al fin se desvanece.

Pálida y bella, bañada de luna, me cuenta sus quejas, porque ama la sombra.

Dilatando sus miradas en la estrellada inmensidad enigmática, sueña, medita y recoge todos los suspiros, todas las lágrimas, todos los dolores y lanza el corazón al infinito como una onda armoniosa que se pierde y se confunde en el misterio. .

Y . . luego el alba: la princesa del azul derrama sus perlas sobre las flores perfumadas. El alba de Abril. ! Ella es su mensajera y en nitidos lampos, con púrpura de claveles me escribe versos de oro: estrofas que canta en mi alma, el ave canora de mis sueños.

*

A veces, atrevida, pide alas más potentes y asciende a las sombras. Contempla el águila y desafía el furor de sus ojos. Desde la altura siente su sangre arder ante los tronos de la injusticia; allí donde tantas veces ha visto los laureles profanados y la envidia gloriosa. Airada se estremece como león herido, la oropéndola canora de cristal que sólo había cantado las ternuras del amor.

*

Pero no tienes lira, Musa amada de mi alma; huérfanas y solitarias tus armonías vagan. Roba un laud siquiera, o una flauta melancólica, o la cítara inocente que alegró las mañanas pristinas del mundo y canta si ves—entonces—que duerme el ruiseñor. Canta sí, cuando el ruiseñor, fatigado de cantar, se duerma; pero canta muy suave tan suave tus voces sutiles que no despierte

*

Asi la dije un día y me besó en la frente con sus labios de flor. Triste me miró y después la vi alejarse

*

Cuando sus alas no rozan las pálidas gardenias de mis jardines; cuando no siento en mi espíritu el ardor de sus miradas; cuando mi corazón muere de la nostalgia de su voz arcana, en nítidos lampos me escribe versos de oro, estrofas que canta en mi alma, el ave canora de mis sueños

VISITACION PADILLA.
(Socia del Ateneo de Honduras.)

Tegucigalpa, 19:5.



Mano Sutil

Cuando estreché tu mano noble y fina,
creí en mi delirio haber tocado el cielo;
y quisiera, eternamente en mi anhelo,
estrechar siempre tu mano alabastrina...

Mano impecable, sutil; mano divina
y amada, que yo guardaría con el celo
de un águila terrible a su polluelo.
Yo adoro esa tu mano alabastrina.

Como adoro tu imagen soñadora,
con esa fiebre mortal que me devora
en las horas luctuosas de mi melancolía...

¡No olvidaré jamás aquel instante
en que estreché tu mano delirante,
... hermanándola un segundo con la mía!

MARCO FORTIS

Tegucigalpa, mayo de 1915.

Leyendo a Schopenhauer

(Para el "Ateneo de El Salvador")

Vosotros, los que gustáis de sumergir el mágico buzo de vuestro espíritu en los profundos mares del pensamiento que ha creado la portentosa mente de los filósofos y pensadores, si queréis que en los albos amaneceres de vuestro cerebro alado aletee lúgubramente el ave negra y sombría del desaliento y la desilusión, hojead, siquiera sea ligeramente, las obras dolientes de este raro taumaturgo, sañudo y desesperante, que a pesar de las protestas de las multitudes letradas, ha cultivado siempre con amor de artista la deletérea flor del pesimismo y ha levantado muy alto, no obstante, el níveo gonfalon de la verdad.

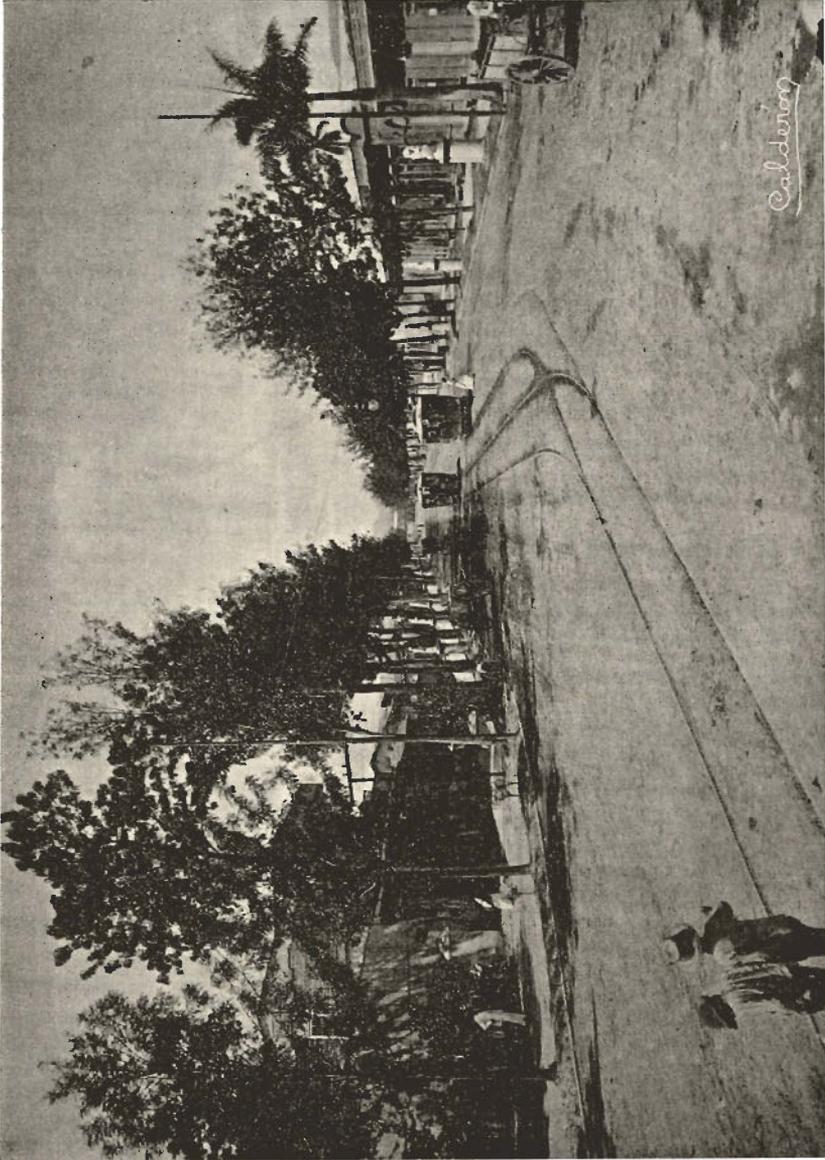
Ved, si no, el significado amargo de las primeras palabras que—como frontispicio de su monumento—este autor escribió en su libro

Los dolores del mundo; ellas son: «Si no tiene por objeto inmediato el dolor, puédesse decir que nuestra existencia no tiene ninguna razón de ser en el mundo. Porque es absurdo admitir que el dolor sin fin que nace de la miseria inherente a la vida y llena el mundo, no sea sino un puro accidente y no el fin mismo. Cada desgracia especial parece, esto es verdad, una excepción; pero la desgracia general es la regla». ¡Cuánta rudeza, cuánta desconcertadora realidad, cuánta hiel encierran estos fríos términos!

Nosotros aceptamos y comprendemos estas abrumadoras teorías de Schopenhauer, porque—ya lo dijimos—en el fondo encierran una verdad, sombría y desconsoladora, pero una verdad al fin. Mas quisiéramos, de todo corazón, que no lo fuesen; no porque el dolor fue-

ra inútil e innecesario en la vida, pues creemos con el citado filósofo y otros muchos pensadores célebres, que la vida entera del hombre es

humana, la fuerza modeladora de fuertes espíritus y fuertes caracteres, la luz que sublimiza las lobre-gueces intensas de la miseria, sino



Avenida Independencia. — San Salvador.

un continuo dolor, con pequeños cambiantes, y que el dolor es el génesis de toda acción grande, noble y generosa, de toda concepción alpina y redentora, que es la llama purificadora de la conciencia

porque, verdaderamente, es muy triste y sangriento tener que reconocer que el dolor es el único principio, objeto y fin de la vida de los seres humanos.

De acuerdo con el modo de juz-

gar la vida de Empédocles y Pitágoras, y de la sabiduría universal, Schopenhauer nos invita a tomar la costumbre de considerar este mundo como un lugar de penitencia, como una colonia penitenciaria, criterio que también tuvieron los más antiguos filósofos y ciertos padres de la Iglesia. De modo que, en resumen, podemos considerar el dolor como una cosa real e inolvidable y decir: el dolor es único e inmutable, es eterno como la Naturaleza.

El genioso Verlaine sintetiza así su juicio acerca de la vida: «No sé lo

que es la vida entera, pero sé que ésta es una broma de mal género.»

No importa. Cualquiera que sean los matices con que se os presenten los infatigables apologistas del dolor, si no queréis emponzoñar vuestra divina fuente y envenenar vuestra alma de cristal, ¡oh gentiles visionarios, no los leáis...!

ABEL GARCIA CÁLIX.

(Socio Correspondiente).

El Porvenir, (Honduras) 1914.

BIBLIOGRAFÍA

Ibérica

La meritoria campaña de vulgarización científica que el Observatorio del Ebro, Tortosa (España), emprendió a principios del año anterior con la publicación de una Revista semanal ilustrada, única en su género, y que llena un vacío en la literatura de lengua castellana, ha sido coronada por un feliz éxito. Los 26 números que forman el Tomo I de «Ibérica», son un notable resumen del movimiento científico; una especie de enciclopedia al día de todas las ciencias y de sus aplicaciones de innegable valor en toda Biblioteca y librería particular y para todos los amigos de instruirse. Los índices que acompañan a cada tomo, forman 32 páginas de cuerpo 6, a dos y tres columnas, comprendiendo el índice general, dos valiosos índices de materias y nombres en forma enciclopédica y en tan acertada disposición que permite al lector hallar inmediatamente el punto consultado. Y finalmente, el índice de anuncios, que constituye un verdadero directorio de señas útiles.

Los índices sistemáticos de «Iberia» son un trabajo de valía que da mayor valor a los tomos, y que no había sido hecho, que sepamos, por ninguna otra publicación de su índole, en lengua castellana.

El prestigioso arraigo que va adquiriendo tan culta y seria Revista en España y en la América española, constituye un motivo de satisfacción para los amantes del renacimiento científico, a cuyo servicio, en el terreno de las investigaciones

y en el de la vulgarización, dedica todos sus esfuerzos el Observatorio del Ebro.

El libro azul. — *Poesías de ADALBERTO A. ESTEVA.*

La Biblioteca del «Ateneo de El Salvador» ha recibido esta obra editada lujosamente por la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

Forma este libro un bien editado volumen de abundante lectura y lleva al frente un Proemio del gran poeta Díaz Mirón, a más del prólogo de Manuel Gutiérrez Nájera. Esta segunda edición fue aumentada y escrupulosamente cotejada y corregida por su autor, pocas semanas antes de su muerte, ocurrida en España en 1914, donde era Ministro representante de su país.

Parnaso colombiano. — *Nueva antología, esmeradamente seleccionada.*

Acabamos de recibir este interesante libro editado con todo esmero por la popular Casa Maucci, de Barcelona, que siempre se ha distinguido entre todas por el culto que ha rendido a las musas, pues no falta en su Catálogo lo más selecto de la poesía mundial de todos los tiempos.

El *Parnaso colombiano*, que nos ocupa, seleccionado con el mayor gusto por el señor Caro Grau es, sin duda, uno de los libros más completos y valiosos que han visto la luz últimamente y que merecerá los elogios de la crítica más exigente.

Dos libros de Marco Antonio Dolz

Con honrosas dedicatorias, que en verdad agradecemos, hemos recibido dos libros del infatigable escritor cubano Marco Antonio Dolz, intitulados *De la Vida Superficial* y *Pasando la vida*. La crítica continental se ha ocupado encomiásticamente en hacer el estudio concienzudo de la producción mental de nuestro ilustre compañero. Actualmente tiene en prensa una nueva obra con el nombre de *En más Montañas*. Es Director de la hermosa Revista *Renacimiento*, que constituye una autorizada tribuna de altos ideales de civilización y de cultura. Marco Antonio Dolz es socio correspondiente del ATENE0 DE EL SALVADOR, en la Habana, República de Cuba.

La guerra europea

Hemos tenido ocasión de informarnos de la próxima aparición del primer tomo de una obra nueva e ilustrada, de singular importancia: *La Guerra Europea*, escrita por don Gonzalo Calvo, y el distinguido publicista, don José Brissa.

Narrar los hechos al propio tiempo que transcurren, sería labor temeraria, expuesta a irremediables errores, por eso la Casa Maucci, de Barcelona, que edita la obra, ha dispuesto publicar *La Guerra Europea* dando a sus autores el tiempo necesario de preparación y depuración: así el Tomo I, tratará de preliminares y de hechos de guerra plenamente ciertos, quedando de este modo tiempo suficiente para el estudio y desarrollo de las hostilidades en los periodos sucesivos que serán materia de los tomos siguientes, procurando que éstos no excedan de cuatro, y que vean la luz pública cada dos o tres meses, hasta su completa terminación.

Obsequio de publicaciones

La importante librería «Mundial», de Medellín, República de Colombia, de la cual es propietario don Lázaro Gómez,

ha enviado varias interesantes publicaciones para la Biblioteca de este Ateneo. Muy agradecidos le estamos por sus valiosos obsequios.

También nuestro Socio Correspondiente, en Buenos Aires, don Gumersindo Busto, Jefe de la Biblioteca «América» de Santiago de Compostela, se ha servido honrar la Biblioteca de este Ateneo con el envío de varias publicaciones, consistentes en folletos, revistas y periódicos. Le reiteramos nuestros sinceros agradecimientos.

Tres libros nacionales

El doctor infieri don Tito López Pineda, ha obsequiado a la Biblioteca de este Ateneo, sus dos obras *Lecciones de Zoología* y *Apuntes de Botánica*. La Zoología está escrita en un lenguaje adaptable a cualquier inteligencia, con el propósito de que llene el fin para que fue escrita; y está dividido su estudio en tres partes. La parte descriptiva contiene interesantes datos con relación a la Fauna Centroamericana.

*

Con el nombre de *Memorandum II*, hemos recibido un libro de nuestro estimable Socio Correspondiente en Santa Ana, doctor don Federico Vides. Contiene varios interesantes trabajos científicos y literarios publicados por el doctor Vides en la prensa nacional.

Mucho agradecemos el obsequio de las tres obras anotadas.

Las mil noches y una noche

La Sociedad Editorial Prometeo, antes F. Sempere y Cía. de Valencia, España, acaba de publicar los dos primeros tomos de *Las mil noches y una noche*, el gran monumento imaginativo de los cuentistas orientales. Es una obra completamente desconocida, traducida literal y directamente del árabe por el doctor Madruz y vertida al español por V. Blasco Ibáñez, ilustre novelista español. No existe relato novelesco que pueda compararse en gracia, interés y desenfado con esta obra de una originalidad insuperable. Gómez Carrillo, el exquisito cronista, ha puesto un hermoso prólogo a esta edición. Su lujosa presentación editorial compite con todo lo publicado por las mejores casas extranjeras

**Luctuosa**

El 17 de mayo último falleció en el puerto de La Unión, nuestro querido compañero el distinguido escritor salvadoreño *Carlos Javier Guerrero*. Fue éste uno de los socios fundadores del *Ateneo de El Salvador*, y siempre cooperó decididamente a cimentar el prestigio moral e intelectual de esta Institución. En el Congreso Nacional, la prensa y en lo particular, puso *Guerrero* su valioso contingente mental en pro de los nobles ideales de cultura y de civilización que persigue honradamente el *Ateneo*.

Para el ilustre amigo desaparecido, tendremos siempre las frases de nuestra sincera admiración y el sentimiento más puro por su temprana ausencia de nuestras filas.

El *Ateneo de El Salvador* envía sus expresiones de condolencia a la inconsolable esposa e hijos de nuestro compañero caído en la sima de la muerte.

Una Nueva Revista

Hemos recibido la interesante circular, que dice: "GAVIDIA". Revista mensual.—Ciencia y Arte. *San Salvador, julio 1 de 1915*.—SEÑOR: Al impulso de nuestro entusiasmo, surge la Revista mensual "GAVIDIA", en cuyos predios la intelectualidad centroamericana, sembrará fecundas fórmulas científicas y el odorante lirismo de sus soñaciones.

Deseamos que Ud. como un exponente de la legión conquistadora que avasalla al general espíritu de indiferencia con la verdad y la belleza, venga a honrar nuestra Revista con sus producciones. Es un llamamiento de la juventud soñadora que, al tender el vuelo, busca el prestigio de los nombres victoriosos, juntamente con las juventudes hermanas en ideales.

Esperando que accederá gustoso a nuestro reclamo, anticipamos a Ud. nuestras gracias y nos suscribimos sus atentos S. S.—*Carlos Bustamante*.—*José Luis Barrientos*.—*Raúl Andino*.—*Vicente Bonilla*.

NOTA DE LA DIRECCION.—El *Ateneo de El Salvador*, aplaude sinceramente el noble esfuerzo espiritual de nuestra juventud ávida de cultura y de progreso.

El "Ateneo de El Salvador" en los funerales de ARMANDO RODRIGUEZ PORTILLO.

El 16 del presente mes falleció trágicamente en esta capital el conocido poeta y prosista don *Armando Rodríguez Portillo*, quien estaba para terminar sus estudios de Cirugía Dental.—*Rodríguez Portillo* formó parte, durante algún tiempo, del *Ateneo de El Salvador*, y siempre se distinguió por sus buenas dotes intelectuales.

Para sus funerales, hizo circular esta Institución, la siguiente esquela:

«Señor: *Armando Rodríguez Portillo*, falleció anoche. En nombre del *Ateneo de El Salvador*, tenemos el honor de invitar a Ud. para que se digne acompañarnos a la conducción de los restos mortales, al Cementerio General, hoy a las 4 p. m., por cuya deferencia le quedaremos profundamente agradecidos.

F. GAVIDIA, Presidente.—SALVADOR TURCIOS R., Secretario.

San Salvador, 17 de junio de 1915. Punto de reunión: Academia de Idiomas «Carlos Meléndez»

Se proyecta la publicación de las obras del poeta, por un grupo de amigos y admiradores de él.—Damos nuestro sentido pésame a la madre y de más familia del infortunado portillera.

LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA Y EL ATENEVO DE EL SALVADOR.—Estados Unidos de Venezuela.

Caracas, 1 de junio de 1915.—SEÑOR: Verificadas las elecciones para funcionarios de esta Academia durante el período de 1915 a 1917, en la sesión ordinaria del 19 de mayo último, resultaron electas las personas siguientes:

Director, Dr. Felipe Tejera; *Primer Vice-Director*, General Francisco Tosta García; *Segundo Vice-Director*, Dr. Pedro M. Arcaya; *Secretario*, Dr. Rafael Villavicencio; *Archivero-Anticuuario*, Dr. Manuel A. Díez; *Bibliotecario*, Dr. Eloy G. González; *Tesorero*, Dr. Teófilo Rodríguez; *Comisión de Anales*: General F. Tosta García, Dr. Teófilo Rodríguez y Dr. Eloy G. González; *Comisión de Cuentas*: Dr. Julio Calcaño, Dr. P. M. Arcaya y Dr. Manuel A. Díez; *Comisión de Biblioteca*: Dr. Rafael Villavicencio, Dr. M. A. Díez y Dr. Felipe Tejera.

Dichos funcionarios tomaron posesión de sus puestos, después de prestada la promesa legal, en la sesión solemne verificada con tal objeto, el día 30 de mayo último.

Lo que tengo a honra decir a Ud. para su conocimiento.—Soy de Ud. muy atento servidor.—El Secretario, R. Villavicencio.

Sr. Director del *Ateneo de El Salvador*.

San Salvador.

REMEMBRANZAS.—(Del Libro «ROMERÍAS»).

Para el "Ateneo de El Salvador"

Fue una tarde de enero cuando vino a mis brazos, una tarde de enero tibiecita y tranquila, yo le di muchos besos; era el manso cordero que acaricia las manos que tañeron la esquila.

Fue una tarde de enero y al borde de un camino en una viviendita pintoresca y risueña; fue una tarde de enero cuando su labio fino como una mariposa se posó entre mi labio.

Me habló de muchas cosas, de cosas inquietantes, de rasgos dolorosos, piadosos y sencillos; sus ojazos azules con suavidad de rosas ungiéron mis pupilas cansadas y desnudas.

Pasaron muchos días: me fui de mi cortijo a las bellas ciudades, olvidé la chiquilla por las embriagueces; conocí las maldades de los bulevares, y acaricé mujeres, mujeres y mujeres.

Después, en las salas de una enfermería donde las carnes sucias me obligaron entrar, encontré la muchacha de los ojos azules esposa muy amada de la caridad.

La lepra de mi cuerpo la trató con dulzura, la lepra de mi alma no la pudo curar; no era yo el cordero que sus labios besaron como en aquella tarde tibiecita y tranquila que evoco entre las rimas de mi pobre cantar.

J. ANGEL MORALES
(Socio Correspondiente)

TÁMESIS.—República de Colombia.